9011

Primero yo,

5

PRIMERO YO,

drama en cuatro actos en verso

DE

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.

LUCIANO. MARIANA.
ROSALIA. D. FABIAN.
ISIDORO. D. BLAS.
AGAPITO.

Damas, Caballeros, Monges, Guardias de Corps, Soldados, Alguaciles, un Oficial, un Escribano, una Criada, un Ugier.

La Escena es en el Escorial.

La Accion principia el dia 11 de Octubre de 1757.

ADVERTENCIA. El asunto de este drama está tomado de un episodio ingerido en la novela filosófica de ENRIQUE ZSCHOKKE, titulada: *Alamontade der Galeeren-sklave*, Alamontade el Galeote. El medio empleado para hacer que el protagonista se descubra, recordará al lector el personage de lady Macbeth, el cual ha sido imitado con el mismo objeto por varios autores franceses de diferentes épocas.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Al Sr. D. Lorenzo Allo.

Yo no sé qué suerte cabrá en las tablas á este ensayo de aclimatacion, ideado en el Escorial, emprendido en Bayona, continuado en París y llevado en Madrid á su término; pero como es de mis dramas el que menos me pertenece, tambien me inspira por eso menos desconfianza: si disgusta, siempre se me estimará el deseo de aprovechar algo de Zschokke y de Shakespeare. Cuando vuelva usted á su pais y abrace á nuestros amigos comunes, manifiésteles esta prueba de que estudia y de que no los olvida su afectísimo

J. E. H.

Acto primero.

A la derecha del actor la peña que llaman LA SILLA DE FELIPE II; *á la izquierda la subida á una casa grande de guardas, de la cual se verá un ángulo; en el fondo, á lo lejos, se descubren los lienzos de oriente y mediodia del monasterio del Escorial.*

ESCENA PRIMERA.

MARIANA en lo alto de la peña, y mirando hácia dentro; LUCIANO *al pie, apoyado en un arbol en ademan de persona débil y fatigada.*

MARIANA. Sí, tio, no dude usted;
Esa es la casa del guarda.
LUCIANO. ¿Con que nos tienen ahí
La merienda preparada?
MARIANA. Pues, ahí.
LUCIANO. Me alegro mucho,
Porque ya me fatigaba.
MARIANA. Sí, para un convaleciente...
LUCIANO. Es bien grande la distancia
Desde el Escorial aqui.
MARIANA. Es tal que fastidia.—Nada,
No parecen Isidoro
Ni mi tia.
LUCIANO. Se cansaban
Tambien, y se detuvieron
Junto á la fuente que llaman
De las Arenillas.

669108

MARIANA. Ya,
Pero...
LUCIANO. ¿Qué?
MARIANA. ¡Qué flema gastan!
LUCIANO. Pues tenla tú. — En esa peña
Cada dia se sentaba
El rey Felipe segundo
Para fijar sus miradas
En la fábrica que habia
De ser maravilla octava.
Para él se labró el asiento
Donde estás encaramada.
MARIANA. (*Bajando.*)
Pues si hubiera sido yo
Entonces reina de España,
Tuviera un defecto menos
Esta especie de atalaya.
LUCIANO. ¿No ves bien desde ese punto
El monasterio?
MARIANA. No basta.
Se habia de ver tambien
Una senda despejada,
Por la cual se descubriera...
LUCIANO. Sí, ya estoy, á los que tardan
En llegar, como Isidoro.
MARIANA. Escusado verbigracia:
Como otro cualquiera.
LUCIANO. Vamos,
Vamos, yo sé lo que pasa.
MARIANA. Eso es decir...
LUCIANO. La verdad:
Que estás muy enamorada.
MARIANA. ¿Yo enamorada? ¿De quién?
LUCIANO. De Isidoro.
MARIANA. Yo pensaba
Que no.
LUCIANO. Pues cree que sí.
MARIANA. Como usted me lo persuada,
Lo confesaré. ¿Qué hacen
Dos, asi, cuando se aman?
LUCIANO. Si se quieren, y no pueden
Hablarse...

MARIANA. Eso preguntaba.
LUCIANO. El galan en ese caso
Procura ver á la dama
En la calle, en el paseo,
En la iglesia... donde vaya.
MARIANA. ¿Sí?
LUCIANO. Suele alquilar un cuarto
Enfrente de sus ventanas...
MARIANA. ¡Oiga!
LUCIANO. Suele con frecuencia,
Si maneja la guitarra,
Cantar alguna cancion
Tierna, y en un anagrama
Decir, en secreto á voces,
El nombre de su adorada.
MARIANA. ¡Mire usted!
LUCIANO. Suele la niña,
Cuando hay pajarera en casa,
Llevar á los pobrecitos
Canarios pamplina y agua,
Y de camino asomar
Furtivamente la cara
Por una guardilla, y luego
Dar dos ó tres ojeadas
A las rejas, á las nubes,
A las veletas; arranca
Un yeso de la pared,
Se le tira á un papanatas
Que cruza la calle, ríe
La señorita la gracia,
Y oye entonces una voz
Que en tono jovial esclama:
"¿Con que usted tira la piedra,
Y esconde la mano?" Pára
La atencion, y en la guardilla
De enfrente ve que se halla
El que los pasos le sigue
De dia, y de noche canta:
Se turba la niña un poco;
Pero se sonríe; baja
Los ojos, huye; y con esto
No mas (¿quién lo imaginara?)

Ya queda fija la base
Del tratado de alianza.

MARIANA. ¿Con que usted todos los dias
En Madrid nos acechaba
A mí y á Isidoro?

LUCIANO. Soy
Tutor, y la vigilancia
Es mi obligacion primera.

MARIANA. Pero, tio, unas niñadas
De esa especie ¿son amor?

LUCIANO. Son su carrera ordinaria:
Por ahí principia.

MARIANA. ¿Hicimos
mal...?

LUCIANO. Tú querrás ser casada,
Supongo.

MARIANA. Muy bien supuesto.

LUCIANO. Entonces es circunstancia
Precisa que trates gentes
Para ver el que te agrada.

MARIANA. Ese camino ya está
Andado.

LUCIANO. ¿Haciendo escapadas
A la pajarera?

MARIANA. Pues.

LUCIANO. Ya vas siendo buena pájara
Tú.

MARIANA. Con todo, usted me quiere
Mucho; no seré tan mala.

LUCIANO. Porque te quiero, deseo
Verte bien acomodada.

MARIANA. Creo que Isidoro...

LUCIANO. Es pobre.

MARIANA. Yo soy rica, eso se gana.

LUCIANO. No es de ilustre cuna.

MARIANA. ¿Qué
Importa? Un sí nos iguala.
¿No quiere usted que me case (*Aflijida.*)
Con él?

LUCIANO. Pero, atolondrada,
¿Quién le admitió en la familia
Sino yo? ¿quién?

MARIANA. Principiaba
A temer ya... ¡Qué locura!
Cuando veo que le tratan
Mi tia y usted lo mismo
Que á un hermano, y que le pagan
Una pension, á pretesto
De que nos tenga ordenada
La biblioteca; y es solo
Para que adelante salga
Mientras que se llegue á hacer
Jurisconsulto de fama.

LUCIANO. Todo eso y algo mas hice
Cuando vi que te prendabas
De él.

MARIANA. ¡Cuánto debo á mi tio!

LUCIANO. Y á tu parecer, (sé franca)
¿Te quiere mucho?

MARIANA. Yo ¿cómo
Lo he de saber? No se apartan
Ustedes nunca de mí,
Y él no me dice palabra.

LUCIANO. Ya rondará por las noches
Tu reja en esta jornada.

MARIANA. ¡Ay! no señor: ¡ay! ¡qué miedo!
¿Y si viene la fantasma?

LUCIANO. ¿La fantasma? ¿Viste tú
La de la noche pasada?

MARIANA. Sí señor.

LUCIANO. ¿Sí? Yo creía
Que fuese alguna patraña.

MARIANA. No, no.

LUCIANO. Yo he dormido fuera
Del palacio, y como nada
Turbó mi sueño... Di.

MARIANA. Anoche,
Un poco antes que sonaran
Las cuatro, como yo estoy
Hace dias desvelada,
Me puse un rato á la reja.

LUCIANO. Ya se adivina la causa.

MARIANA. Por tomar el fresco.

LUCIANO. Y ver...

MARIANA. ¡Ay! ¡lo que vi!

LUCIANO. ¿Qué fué? Acaba.

MARIANA. No sé de dónde salió,
Si brotó de las entrañas
De la tierra, si... ¡Jesus!
Era una figura blanca
Tan grande... ¿cómo diré?
¡Oh! mayor que las estátuas
Que en el patio de los reyes
Hay puestas en la fachada.

LUCIANO. (*Ap.* ¿Qué será esto?) Y bien, ¿qué hacia?

MARIANA. Hacia temblar. Vagaba
Entre los árboles, ya
Lenta, ya precipitada;
Vino hácia palacio; entonces
Dió un alarido...

LUCIANO. ¿Gritaba?

MARIANA. Gritaba, y tambien reía;
Pero como cosa mala;
Como cosa de otro mundo:
Por último, alzó con rabia
La mano, haciendo ademan
De dar una puñalada,
Y pronunció...

LUCIANO. ¿Una blasfemia?

MARIANA. Peor que si blasfemara,
Mucho peor; lo que dijo,
Fué mi nombre, fué "¡Mariana!"

LUCIANO. (*Ap.* ¡Cielos!)

MARIANA. Al oirlo, ¡ay Dios!
Yo me caí desmayada.

LUCIANO. Eso ¿lo has contado?

MARIANA. A nadie.

LUCIANO. Sintiera que me engañaras.

MARIANA. Que no: como me mandaron
Ustedes que me acostara,
Y no obedecí...

LUCIANO. Pues es
De muchísima importancia
Que acerca de esa vision
Guardes silencio.

MARIANA. Bien.

LUCIANO. Trata
De ser tambien desde ahora
Un poco mas reservada
Con Isidoro.

MARIANA. ¿Por qué?

LUCIANO. Solo el que yo lo indicara,
Te debia bastar.

MARIANA. Una
Razoncita mas no daña.

LUCIANO. Hija, el hombre estima poco
Lo que sin afan alcanza;
Y harto temprano comienza
La muger á ser esclava,
Sin que se abrevie los dias
Que tiene de soberana.
Tú que en la senda de amor
Fijas la inesperta planta,
Y que bella, virtüosa
Y pura, mereces que ardan
De cien y cien albedríos
Las ofrendas en tus aras,
Apréciate en lo que vales;
Manten oculta la llama
De tu pasion; mira y oye
Siempre con desconfianza
Promesas que hace el deseo
Y las borra la inconstancia,
Suspiros hijos acaso
De miras interesadas,
Y obsequios que han de parar
En tiranía mañana;
Que si rindes sin defensa
El balüarte del alma,
Bien pronto del vencedor
Te mirarás despreciada
Cual contrario que no supo
Capitular con ventaja;
Y olvidándote, irá en busca
De otra conquista mas árdua.

MARIANA. Y con esa alegoría
¿Quiere usted decirme en plata
Que sea con Isidoro

Eso que, á estilo de Francia,
Llaman *coqueta*?

LUCIANO. No, pero
Cuanto mas desvío, cuanta
Mas indiferencia afectes,
Has de ser mas cortejada,
Mas querida de tu amante.

MARIANA. ¿De veras?

LUCIANO. De fijo.

MARIANA. Basta.
Si fomenta la pasion
Tenerla y disimularla,
No ha de saber Isidoro
Que yo le estoy inclinada,
Si no pena mas por mí
Que Amadís por Orïana.—
Algun escrúpulo tengo
De que es traidorcilla y falsa
Esta conducta, con todo
Que mi vanidad halaga;
Pero mi tutor lo exige;
Yo le estoy subordinada;
Si peco en obedecerle,
Sobre él mi culpa recaiga.

ESCENA II.

ISIDORO. — LUCIANO. MARIANA.

ISIDORO. Señores...

LUCIANO. ¡Hola, Isidoro!
Ya aqui de menos te echaban.

ISIDORO. ¿A cuál debo de los dos
El favor?

MARIANA. Al tio.

ISIDORO. (*Aparte.*) ¡Ingrata!

MARIANA. ¿He mentido bien? (*Aparte á Luciano.*)

LUCIANO. ¿Qué has hecho
De mi esposa?

ISIDORO. La acompaña
Don Fabian, y no he podido
Sufrir su enfadosa charla.

LUCIANO. Pues es un viejo muy guapo.
ISIDORO. Como yo me adelantaba
Aqui, me dió Rosalía,
Que por tu salud se afana
Mas que tú mismo, este pomo.
LUCIANO. Mi medicina: tomarla
Debo á esta hora; es verdad.
Voy arriba á pedir agua
Y azúcar.
MARIANA. El brazo.
LUCIANO. No.
(*Ap. á ella.* Si ahora Isidoro hablara
De amor, le podias dar
Unas medias calabazas.) (*Vase.*)

ESCENA III.

MARIANA. ISIDORO.

ISIDORO. ¡Luciano venturoso!
¿Quién no le tiene envidia?
Jóven, rico, adorado
De una consorte fina,
Cuya virtud encanta,
Cuya beldad admira,
Él tan solo parece
No conocer su dicha.
MARIANA. (*Ap.* No me divierten estos
Elogios á mi tia.)
ISIDORO. ¿No piensa usted lo mismo?
¿No es verdad, Marianita,
Que es muy feliz el hombre
A quien el cielo envia
Un ángel que á su lado
Continuamente asista,
Que le haga mas preciosos
Los goces de la vida,
Y con su cauta mano
Desvíe las espinas
Que cercan el sendero
Donde á su bien camina?

MARIANA. Y ese angel ¿solo puede
Llamarse Rosalía?

ISIDORO. Ídolo de mi pecho,
No cautelosa finjas;
Que, bien lo sabes, eres
Alma del alma mia.
Mil veces lo dijeron
Los ecos de mi lira,
Y hoy, dulce prenda, el labio
Que de temor vacila,
Humilde te declara
Que eres por quien suspira.

MARIANA. (*Ap.* ¡Ay! ¡qué bien enamora!
¡Ay! ¡lo que perderia,
Si su fervor menguara,
Mi inclinacion sabida!)

ISIDORO. ¿Callas? ¿Nada respondes?

MARIANA. Prosiga usted, prosiga.

ISIDORO. No imagines que ciega
Mi presuncion olvida
Que soy hidalgo pobre,
Y eres ilustre y rica;
Lo sé, y mi amor se engríe
Con mi pobreza misma.
Nombre, blasones y oro
Son del saber conquista:
¡Cuán dulce es consagrarlos
A la beldad querida!
¡Qué de veces que el sueño
Dobló mi frente encima
Del libro á cuyas hojas
Robaba la doctrina,
Lisonjeó mi gusto
Grata la fantasía,
Y víme colocado
En eminente silla,
Y vi que por la esfera
Volando á mí venia
Deidad que coronada
De mirto y siempreviva,
La sien se despojaba
Para ceñir la mia!

Y eras, Mariana hermosa,
Tú la que me traías
Amor y dicha en prémio
De afanes y vigilias;
Y yo no hallando entonces
Palabras espresivas
Para el inmenso gozo
Del alma agradecida,
Mudo ante tí doblaba
La frente y la rodilla. (*Lo hace asi.*)

MARIANA. No se punce la pierna
Usted con las hortigas.

ISIDORO. Perdóname, Mariana;
Perdona mi osadía.
Si en infeliz albergue
Mi cuna fué mecida,
Yo sabré hacerme digno
De merecerte un dia;
Entonces, y no ahora,
Te rogaré que admitas
El homenage puro
Con que mi fé te brinda.
Dime entre tanto solo
Que no lo desestimas.

MARIANA. Lo estimo mucho.

ISIDORO. ¡Oh gloria!

MARIANA. Pero alce usted: arriba.

ISIDORO. Mi gratitud eterna...

MARIANA. ¿Cómo no estimaria
Al hombre que me dice
Cosas tan divertidas?
Me jura que me adora,
Me llama usted bonita,
Me quiere dar la mano
Vestido de golilla
Luego que el rey le nombre
Corregidor en Indias;
Si esto no es de apreciarse,
Venga Dios y lo diga.

ISIDORO. Ese tono ligero,
Mariana, me intimida.

MARIANA. ¿Prefiere usted que calle?

ISIDORO. No, siga usted, prosiga.
MARIANA. Admiro la franqueza,
La heróica bizarría
De un amante que ofrece
Bienes en perspectiva,
Suerte que yo no dudo
Que al cabo la consiga;
Mas si un galan mañana
Mi mano solicita,
Rico, gallardo, amable,
¿No fuera bobería
Dejar por la dudosa
La oferta positiva?
Corren, don Isidoro,
Los años muy aprisa,
Y plazos dilatados
Aterran á las niñas.
Quizá será muy bueno
Pasar embebecida
En esperanza alegre
Que cumplirá tardía,
La verde primavera
De juventud florida;
Pero ir á desposarse
Y ser ya talludita,
Para mi gusto, vamos,
Es cosa que horroriza.
Asi, don Isidoro...
ISIDORO. No siga usted, no siga.
Ya veo la sentencia
Que contra mí fulmina.
MARIANA. No se fie usted mucho
Tampoco de su vista.
ISIDORO. ¿Qué quiere usted decirme?
Sea usted compasiva;
Que no sabe la pena
Con que me martiriza.
Declare por lo menos...
MARIANA. Prosiga usted, prosiga.
ISIDORO. Que me permite amarla.
MARIANA. ¿Cómo lo impediria?
ISIDORO. Que espere.

MARIANA. ¡Ay! A ninguno
La esperanza se quita.
ISIDORO. Prométame el consuelo
De escucharme benigna.
MARIANA. Si hiciese lo contrario,
No fuera buena amiga.
ISIDORO. Ya nada mas deseo,
Nada; y en pago, exija
Usted la sangre toda
Que por mis venas gira.
MARIANA. No es tanto lo que quiero.
ISIDORO. Dígalo usted, prosiga.
MARIANA. Quiero que usted á todos
Amarme les permita.
ISIDORO. ¿Cómo?
MARIANA. Y que no se enfade
De sus galanterías.
ISIDORO. ¡Mariana!
MARIANA. Y que les deje
Que esperen.
ISIDORO. ¡Señorita!
MARIANA. Pues, y que sus requiebros
Oiga yo complacida.
ISIDORO. Eso es decir...
MARIANA. Que gusto
De la igualdad estricta,
Y no de que un privado
Mande mi monarquía.
Usted que hace ya tiempo
Que reina me apellida,
Medite bien ahora
La ley que se le dicta,
Y vea en sus amores
A qué se determina;
Que á mí me da lo mismo
Que cesen ó prosigan.
(*Aparte al irse.*)
No hago mal de coqueta
Para quien hoy principia. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ISIDORO.

¿Qué lenguaje es el que oí,
Que me aflije y maravilla?
¿Esta es la jóven sencilla
Que era un angel para mí?
Yo por ídolo escogí
Dentro de la mente un ser
Que me forjé á mi placer;
Pero al tocar la verdad,
Hallo en lugar de deidad,
Solamente una muger.
A la que sin distincion
Ha de admitir al momento
El galante rendimiento
De cualquiera inclinacion,
Niego yo la posesion,
Niego en mi pecho la entrada;
Pues cuando doy á mi amada
La llave del albedrío,
Exijo en cambio del mio
Todo un corazon, ó nada.
Mariana, tú á nadie quieres,
Presumiendo mas que vales:
¿Serán á Mariana iguales
Todas las demas mugeres?
¿Serán sueño los placeres
Que yo del amor espero?
¿Existe amor verdadero?—
Si Mariana me engañó,
Preciso será que yo
Sospeche del mundo entero.
En mi retiro profundo
Con los libros encerrado,
Temo haberme figurado
Mejor de lo que es el mundo.—
Por dicha en poco lo fundo.
No hace ley un ejemplar.
Otra muger puedo hallar
Que ame como un serafin,

Porque la muger al fin
Ha nacido para amar.

ESCENA V.

LUCIANO.—ISIDORO.

LUCIANO. Mi específico tomé;
Mas aunque por él abogas,
Pronto bebidas y drogas
A la calle arrojaré.
Las tengo un odio mortal,
Y voy estando valiente:
Me prueban perfectamente
Los aires del Escorial.
Libre del todo me advierto
De las punzadas reacias
Ya del dolor, á Dios gracias.
ISIDORO. Y á tu muger.
LUCIANO. Es muy cierto.
Me cuidó... ¡de qué manera
Rosalía me cuidó!
Quince noches se llevó
Clavada á mi cabecera.
Yo nunca lo olvidaré.
ISIDORO. ¿Nunca?
LUCIANO. Ya lo verás tú.
Vale mi esposa un Perú:
Es de lo que no se ve.
Tratarla, confesarás
Que es un rato de los buenos.
ISIDORO. Alábala un poco menos,
Y quiérela un poco mas.
LUCIANO. Yo soy con ella finura
Todo, todo cortesía.
ISIDORO. Pues ella preferiria
Mas franqueza y mas ternura.
Mira, cuando tú me hiciste
Salir de mi guardillon
En Madrid, mi situacion
Era harto infeliz y triste.
Débote mi entendimiento,

Que ensanchó por tí su esfera:
Con miseria, ni siquiera
Se puede tener talento.
Me honraste con tu amistad,
Y para pagarla en parte,
No puedo hacer mas que hablarte
Con toda sinceridad.
Civil sin afectacion,
Apoyo del desgraciado,
Justamente has alcanzado
General estimacion.
A brindarte varias veces
Con cargos de honra han venido,
Y no los has admitido;
Señal de que los mereces.
Voz de numerosa grey
Que tu mano socorrió,
Tu nombre en Madrid llevó
A los oidos del rey,
Que, de su favor en señas,
Te dió de su mano esposa,
Noble, bella, poderosa,
La flor de las madrileñas;
Logrando asi por modesto,
Sin que pretendieras nada,
Casarte con una ahijada
Del mismo Fernando el sesto.
Pues bien, Luciano, á pesar
De tu mérito eminente,
Que te hace ser justamente
El ídolo popular,
Yo, puesta al pecho la mano,
Diré, si me das licencia,
Que hay en tí gran diferencia
Del esposo al ciudadano.
Tú das á la gente rica
De honor y virtud ejemplo;
Tu devocion en el templo
A los pobres edifica;
Y vertiendo diversion
En la plática tu labio,
Nunca se inclina al resabio

De la vil murmuracion;
Por eso es tan de sentir
Que estés haciendo á la par
En tu casa suspirar,
Y en las agenas reir;
Que á un mendigo tu favor
Ofrezcas con bizarría,
Y tengas á Rosalía
Necesitada de amor.
Luciano, este proceder
Es culpable, y, no lo dudes,
No autorizan mil virtudes
Para faltar á un deber.

LUCIANO. Sufrida la reprension,
Mi panegírico emprendo;
Pero hay que empezar diciendo
Que no te falta razon.
Confesar en la querella
De Rosalía es preciso,
Que ella me quiere, ó me quiso,
Mas que yo la quiero á ella.

ISIDORO. ¿Hay alma que al aliciente
De tal belleza resista?

LUCIANO. Ese es placer de la vista,
Cuando el alma no lo siente.
No basta con la hermosura
Sola para enamorar:
A nadie vi requebrar
Una imagen de escultura.

ISIDORO. Tiene ingenio tu señora,
Y es de admirar esa dote.

LUCIANO. Aunque admiro á don Quijote,
Maldito si me enamora.
Por cálculo y reflexion
Mi voluntad no se inflama;
Cautívemela mi dama,
Porque esa es su obligacion.
Si vivo interes no tomo
Por ella, que no haga estremos;
Queremos y no queremos
Sin saber por qué ni cómo.
Y pues á esto nos conduce

La cuestion, sufre que diga
Que es oro con mucha liga
Ese que tanto reluce.
Con su belleza hechicera,
Mi muger no es tan cabal,
Que no tenga tal y cual
Defecto, como cualquiera.

ISIDORO. Me dejas de asombro lleno.
Yo no he descubierto...

LUCIANO. Eso es
Porque tú todo lo ves
Solo por el lado bueno.
Su modesta mansedumbre
Que de una santa parece,
No es mas sino que obedece
El genial á la costumbre.
Largo tiempo con afan
Sus sentimientos acalla;
Pero al fin rompe y estalla
Bajo la nieve el volcan.
Zelosa hasta el frenesí,
Su disimulo me asusta;
Yo soy franco, y no me gusta
Que me quiera nadie asi;
Y á no haber separacion
De cuartos, ¡ay! recelara
Que el mejor dia me ahogara
Por esceso de pasion.
Aqui tienes de qué modo
Nació en mí la indiferencia
De su reserva y violencia,
Por ser yo blandura todo.
Mas yo siempre he de seguir
Con ella galan y atento.

ISIDORO. Y ¿no es eso fingimiento,
Luciano?

LUCIANO. Es saber vivir.

ISIDORO. Esa ciencia y la honradez
No suelen juntas andar.

LUCIANO. Tú das en equivocar
La virtud con la sandez.

ISIDORO. ¿Qué prometiste al casarte?

Rosalía no es feliz.
Mientras no incurra en desliz
Que de tus brazos la aparte,
Justicia es que el voto augusto
Cabal cumplimiento tenga.

LUCIANO. Lo que al hombre le convenga,
Aquello solo es lo justo.

ISIDORO. Ninguna ventaja toco
De hacer el mal que señalo.

LUCIANO. ¿Qué sabes tú lo que es malo
Ni lo que es bueno tampoco?

ISIDORO. Por mi conciencia instruido,
Me consta con evidencia.

LUCIANO. Una cosa es la conciencia,
Y otra el hábito adquirido.
Antes de saber hablar,
Nos dan para que estudiemos
La pauta porque debemos
Obrar, sentir y pensar;
Y hombre que con vanagloria
Cree por sí discurrir,
No hace mas que repetir
Una leccion de memoria.
El que eleva mas la vista,
Y en el mundo colocado,
Sabe que Dios se le ha dado
Por herencia ó por conquista,
Busca la felicidad,
Que es la mira que le rige,
Y de los medios elige
Segun la oportunidad,
Siendo, en todo lo que intenta,
Su axioma regulador,
Que es el arbitrio mejor
Aquel que tiene mas cuenta;
Y asi juzga, con desden
De la voz universal,
Malo lo que sale mal,
Bueno lo que pinta bien.
Como de ser mero amigo
De mi muger, hasta aqui
Ningun perjuicio sufrí,

Creo que hago bien, y sigo;
Y de tu sermon apelo
Al público testimonio
De que á mas de un matrimonio
Soy citado por modelo.
En fin, hacer los casados
Con su muger de galanes,
Es propio de ganapanes,
No de hombres acaudalados;
Y aun raya en usurpacion
Que un enlace, cuya esencia
Fué la pura conveniencia,
Resulte de inclinacion.
Y pues por tí me cansé
Con un discurso tan largo,
En represalia un encargo
Te voy á dar, que olvidé,
Y es llevar á doña Mónica
La viuda estos treinta duros
(*Saca un bolsillo.*)
Para que de sus apuros
Salga en su dolencia crónica.
Le has de ocultar, claro está,
Quién socorre su vejez,
Y sufrir tanta chochez
Como alli te encajará.
Mi muger viene; ahí te entrego
La bolsa: haga este favor
El señor procurador
De casadas, y hasta luego.

(*Vase dejándole á Isidoro el bolsillo en la mano.*)

ISIDORO. ¿No es cosa particular
Tener esas opiniones,
Cuando tan bellas acciones
Las desmienten sin cesar?

ESCENA VI.

DON BLAS, con un paraguas abierto. AGAPITO. Algunos CABALLEROS y DAMAS que cruzan la escena en direccion á la casa del guarda.— ISIDORO.

BLAS. (*A Isidoro.*) A la orden.

ISIDORO. Don Blas Querol,
Salud.
BLAS. Ya no necesito
De sombra: toma, Agapito;
Guárdame ese quitasol.
AGAPITO. Soy page, no soy lacayo.
BLAS. Soy médico, y si te coge
Una fiebre...
AGAPITO. No se enoje
Usted, que voy como un rayo.
(*Le toma el paraguas y se va corriendo.*)
BLAS. ¡Qué dia de barahunda
Tendremos!
(*Saca del bolsillo un pañuelo para limpiarse el sudor, y deja caer al mismo tiempo una funda de paraguas.*)
¡Eh, muchacho, eh!
Ponle al quitasol... Tendré
Que ir á llevarle la funda. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LUCIANO. ROSALIA. DON FABIAN. — ISIDORO.

LUCIANO. Descansa, estarás rendida.
ROSALIA. Yo no. ¿Tú cómo llegaste?
LUCIANO. Bien.
ROSALIA. (*Aparte á Luciano.*)
¿Por qué te adelantaste?
Me ha traido consumida
Don Fabian.
FABIAN. (*Dando á Rosalía un pañuelo con un poco de arena.*)
Vuelvo el pañuelo.
ROSALIA. ¡Ah, sí! Repara, Isidoro,
¡Qué polvos! Parecen oro.
Los cogí en un arroyuelo.
ISIDORO. Veamos.
ROSALIA. ¿Cómo se llama
Eso, ó para qué se aplica?
ISIDORO. Le dan el nombre de *mica*...
FABIAN. Usted confunde á esta dama.
¡Mica! ¿Y de qué nos informa

Usted? ¡Buena esplicacion!
Señora, esas cosas... son...
Son... cosillas de esa forma.
Yo no me atengo á la letra,
Sino que lo especifico:
No digo mica ni mico,
Sino tal y cual, ecetra.

LUCIANO. ¡Viva nuestro regidor!

ROSALIA. Di, nuestro alcalde.

FABIAN. Interino;
Y de usted atento y fino
Y seguro servidor.

ROSALIA. ¿Bebiste ya...?

LUCIANO. Al punto.

FABIAN. A ver
(Con perdon de la conjunta,
Don Luciano), una pregunta
En materia de beber.

(*Apártanse los dos á un lado. Rosalia se sienta.*)

LUCIANO. ¿Qué hay?

FABIAN. Que segun casualmente
Vi ayer tarde en la farmacia
De la villa, por desgracia
Dejó usted un ingrediente
Por notar, cuando me dió
La receta cuyo uso
Le prueba tan bien.

LUCIANO. Lá puso
Mi muger, que se encargó
Tiempo há de ser mi enfermera,
Y ese remedio fabrica.

FABIAN. Entrando yo en la botica,
Me hallé al mancebo Mosquera,
Que al page Agapito daba
Una droga, que dijeron
Ser para usted.

LUCIANO. Pues fingieron
Eso.

FABIAN. Mosquera ocultaba
El bote; yo no soy manco,
Y soy alcalde; cogí
El bote, el rótulo vi...

LUCIANO. Y ¿decia...?
FABIAN. *Espejo blanco.*
LUCIANO. ¡Hombre!
FABIAN. Es, creo, un anodino
Para...
LUCIANO. ¡Oh! sí, todo lo cura.—
¿Bebe el Mosquera?
FABIAN. Agua pura.
LUCIANO. ¿Sí?
FABIAN. Cabal.
LUCIANO. (*Aparte.* ¿A que adivino...?)
¿Leyó usted bien?
FABIAN. *Specul. al.*
Speculum album.
LUCIANO. Marchemos
De aqui, don Fabian, y hablemos
De ese lance original. (*Vanse los dos.*)

ESCENA VIII.

ROSALÍA. ISIDORO.

ROSAL. (*Aparte.*)
Sin mirarme se fué.
(*Pausa de algunos instantes, durante los cuales Rosalia clava tristemente la vista en el Escorial.*)
ISIDOR. (*Aparte.* ¿Qué he de decirla?)
¿Por qué miras alli con tal ahinco?
ROSAL. Isidoro, ¡qué amargas reflexiones
Me inspira ese magnífico edificio!
¡Qué paz debe ofrecer al desgraciado
La sagrada quietud de su recinto!
ISIDOR. ¿No habitamos en él?
ROSAL. No recordaba
Que es palacio ademas. Ni sé qué digo.
Ver los muros creí del monasterio
Que dedicado á Juana y á Francisco
Allá en Madrid de levantar acaba
La régia cristiandad de mi padrino.
"¿Querrás vivir en él?" me dijo un dia:
¡Oh! ¡si entonces el hábito me visto!

Dios por boca del rey el bien me daba:
Lo rehusé: mi vanidad espio.

ISIDOR. Lanza esas melancólicas ideas.

ROSAL. ¿Qué fué lo que de mí Luciano dijo?
¿Cómo disculpa su desden? Responde.
¿Por qué no paga mi leal cariño?

ISIDOR. ¡Ay Rosalía! Quien de veras ama,
Yerra en darlo á entender, yerra en decirlo;
Que un amor entrañable declarado
La ingratitud engendra y el olvido;
Y tú cuya pasion...

ROSAL. Del blanco lejos
Tu pensamiento da. ¿Pues no me ha visto
Ese esposo crüel, para agradarle,
Caricias alternar con el desvío,
Trocar la seriedad en travesura,
Y dejar la razon por el capricho?
¿Qué mas puede exigirse de una esposa?
Ni tanto. De furor pierdo el sentido.
Si acaso una rival...

ISIDOR. ¡Oh! no delires.
¡Luciano serte infiel!

ROSAL. ¡Con regocijo
Supiera su traicion! Asi veria
Que no es su pecho de insensible risco,
Y que puedo esperar.

ISIDOR. No desconfies;
A tu afecto y virtudes sometido
Un dia ha de quedar.

ROSAL. ¿Y cuándo llega?
Seis años hace que por él suspiro.
¡La virtud! ¿qué le importa al que la llama
Flaqueza de un espíritu mezquino?
¿Qué es el amor para quien no conoce
Su tierno afan, su encantador delirio,
Y en vez de abandonarse al bien que adora
Para vivir en él mas que en sí mismo,
Sufre con repugnancia que le quieran,
Y guarda con candado su albedrío?
Ahora que mi fé, mis oraciones
Del Señor la salud le han conseguido,
¡Mira tú lo que obtengo de mi esposo

En recompensa del desvelo mio!
Mas abandono aun: le es insufrible
La fiel constancia de mi porte digno;
Con su estudiada indiferencia intenta
Mi orgullo exasperar; está ya visto;
Quiere que le aborrezca, y hay instantes...
Muchos... en que ha logrado su designio.

ISIDOR. ¡Rosalía!

ROSAL. Mas ¡ay! ¿de qué me quejo?
En esta sociedad en que vivimos,
De pegadiza liviandad francesa
Y española esquivez estraño misto,
Un sentimiento que avasalle el alma,
Befa merece y general ludibrio.
No hay en la corte corazon que sepa
Dar á un cariño fiel premio debido;
No le hay que sepa amar.—Le hay, me equivoco.
Hay este al menos con que yo respiro.
Y otros habrá tambien; es suerte suya
Que nunca se han de ver dos reunidos.

ISIDOR. (*Ap.* ¡Ah Mariana crüel! ¡si el tuyo fuera
Como el de esta infeliz...!) Sí, bien has dicho.
Jamás se unen, jamás, porque era entonces
Trasladar á la tierra el paraiso.

ROSAL. ¡Dichoso tú mil veces, Isidoro,
Que jamás el amor has conocido!

ISIDOR. ¿Qué! ¿te figuras que mi pecho alberga
Un corazon indiferente y frio?

ROSAL. Indiferente no. ¿Cómo ha de serlo
Quien es con mi pesar tan compasivo?
Mas la razon en tí por dicha tuya
Someterá el amor á su dominio.

ISIDOR. Lo espero asi.

ROSAL. ¿Lo esperas?

ISIDOR. Lo deseo.

ROSAL. ¿Lo deseas tambien?

ISIDOR. Lo necesito.

ROSAL. ¿Con que no eres feliz?

ISIDOR. Es imposible.
Feneció mi esperanza; y es preciso
Renunciar para siempre á la ventura
Y al bien que codicié.

ROSAL. ¿Le habrás perdido?
¿Murió tu dama?
ISIDOR. Vive.
ROSAL. Desahoga
Por un momento tu dolor conmigo.
Di: ¿quién es la muger que preferias?
De casa rara vez salir te vimos,
Y al venir con el rey á la jornada,
Tú sin dificultad nos has seguido.
Poco debiste verla.
ISIDOR. A todas horas.
ROSAL. ¿Cómo?
ISIDOR. Un techo á los dos nos daba abrigo.
ROSAL. ¡A los dos! No prosigas, Isidoro.
ISIDOR. Era en mi presuncion, era delito
Sobrado grande pretender...
ROSAL. ¡Ah! Cesa;
Líbrame, al menos, del rubor de oirlo:
Demasiado mis ojos, demasiado
Mi corazon callando me lo dijo.
ISIDOR. ¡Señora...!
ROSAL. Una imprudente confianza
Nos conduce á los dos al precipicio:
Tiempo es de retirarnos todavía
De la garganta horrible del abismo.
Solo un camino que seguir nos queda,
Y buscarlo te toca y elegirlo.
Necesitaba amar, y sé que amo;
Pero yo quiero amar á mi marido. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ISIDORO.

¡Va engañada, y lo tolero,
Y no destruyo su idea!
Pero ¿á quién no lisonjea
Que se le diga: "te quiero?"
¿A qué corazon de acero
No mueve tanta pasion?
¡Y eché á Luciano un sermon
Poco antes con tanto brío!

Vamos, ó yo desvarío,
Ó empiezo á ser un bribon.
¿Soy el que se prometia
Nunca á Mariana olvidar?
En mí puede escarmentar
El que en propósitos fia.
Ni ver debo á Rosalía,
Ni ya pensar en Mariana.
Pues ¿qué he de hacer? ¿Qué? Mañana
Huir del peligro. Sí;
Mañana salgo de aqui,
Y no paro hasta la Habana.

Acto segundo.

Vista de la Galería de los Convalecientes, y á la derecha del actor la bajada desde la botica á los jardines del convento. Una fuente hácia la izquierda. Varias banquetas esparcidas por el teatro.

ESCENA PRIMERA.

LUCIANO. · ISIDORO.

LUCIANO. ¿Aun me persigues aqui?
Deja ya esas tonterías.
ISIDORO. Hace una porcion de dias
Que andas huyendo de mí.
LUCIANO. Es claro; si el porfiar
Lo has tomado por costumbre,
Y á mí me da pesadumbre
Cuando tengo que negar.
Por eso de tí me escondo.
ISIDORO. Pero es hacerme un ultrage...
LUCIANO. Si vas á tratar de viaje,
Cuenta con el *no* redondo.
Tu partida se frustró.
ISIDORO. Me es de precision estrema.
LUCIANO. A mí no, y en mi sistema,
Primero yo, y siempre yo.
ISIDORO. Pues el viaje se hará.
LUCIANO. ¡Bravo!
¿Y los medios, caballero?
Usted no tiene dinero,
Y yo no suelto un ochavo.
ISIDORO. Las razones considera

Que tengo manifestadas.

LUCIANO. Si son mentiras forjadas
Mal y de mala manera.

ISIDORO. ¡Luciano! ¿con que tendré
Que revelar el misterio?

LUCIANO. ¡Hombre! ¡qué tono tan serio!
Vamos: ¿qué es el caso? ¿qué?

ISIDORO. ¿No has sido tú negociante?

LUCIANO. Sí: noble y pobre nací:
Contraté, me enriquecí...
Vaya el misterio adelante.

ISIDORO. Algo la conservacion
De tu oro te importaria.

LUCIANO. Mi bienestar dependia
De él y mi reputacion:
No era, pues, de descuidar.

ISIDORO. ¿Fia un mercader prudente
Sus arcas de un dependiente
Que le pudiera robar?

LUCIANO. No doy con la aplicacion
Del ejemplo que has citado:
Yo no sé que de letrado
Te hayas metido á ladron.

ISIDORO. ¿Y no hay en tu casa joya
Que pueda yo codiciar?

LUCIANO. Acabara usted de hablar.
Ya comprendo la tramoya.
¡Pobre Isidoro! vacila
Tu juicio, y todo lo yerras.
¿Con que en suma te destierras
Porque amas á mi pupila?

ISIDORO. No, no.

LUCIANO. (*Desentendiéndose.*)
¿Y á qué es la rareza
De tal determinacion?
¿Es por desesperacion,
Ó bien por delicadeza?

ISIDORO. Si me oyes...

LUCIANO. Por la presente,
Puede ponerse una tacha
A tu amor á esa muchacha
Que goza un caudal decente.

ISIDORO. Yo no aspiro...

LUCIANO. Su tutor
Soy, y al fin me alcanzaria
Alguna bachillería
Del vulgo murmurador.
Si falto de clientela,
Con la niña hago que cases,
Dirán que es porque me pases
Embrollos en la tutela.

ISIDORO. ¡Dale!

LUCIANO. Sigue en tu bufete,
Trabaja y prosperarás;
Que no te envejecerás
Tanto en seis años ó siete.

ISIDORO. Pero dime, ¿cuándo cesas...?

LUCIANO. Mientras tanto á Marianita
Nos la tendrá guardadita
La madre Ana en las Salesas.

ISIDORO. Es inútil, es absurda
La separacion que trazas.

LUCIANO. ¡Qué! ¿te ha dado calabazas?
¡Diantre! La niña no es zurda.
Pues bien, para que no veas
A la que tu descontento
Causa, entrará en el convento.

ISIDORO. Abandona esas ideas,
Por Dios; que me desatina
Tu empeño en favorecerme.
¿Es justo, por no quererme,
Oprimir á tu sobrina?
Ella procedió discreta
En hacer desaire y mofa
De un amante de mi estofa,
Insustancial y veleta.
Debió hacerle presentir
Su espíritu perspicaz
Que era mi pecho capaz
De olvidar, de delinquir,
De abandonarse al furor
De una pasion reprobada,
De querer á una casada
Muger de mi bienhechor.

LUCIANO. ¡A mi esposa
ISIDORO. Su presencia
Debo evitar; es preciso.
LUCIANO. Yo te agradezco el aviso,
Y obraré en su consecuencia.
Pero si parece cuento.
¿Quién se pudo figurar
Que hubiese de tropezar
En ese mal pensamiento
Jóven de prendas tan altas,
De tanta sabiduría,
De... vamos, el que me hacia
Avergonzar de mis faltas?
ISIDORO. Con esa idea importuna
Lidio tambien sin cesar,
Y me quiero disculpar,
Y no hallo disculpa alguna.
¿Cómo hallarla? No la hay, no.
Porque al fin, Mariana ha sido
Por quien de amor el latido
Primero mi pecho dió.
Y despues... ¡ah!
LUCIANO. No te asombres
De lo que pasó despues;
Que lo mismo que en tí ves,
Sucede á todos los hombres.
Nos sale una empresa mal;
Se tiene un rato molesto:
Luego..., á rey muerto, rey puesto;
No hay cosa mas natural.
Tú casi de veinticinco
A enamorar principiaste;
Por lo mismo que tardaste,
Quieres con mayor ahinco.
Si es forzoso: á cierta edad,
A no ser uno de leño,
Tener un galante empeño
Es una necesidad.
A nadie ves, ni te trata
Nadie sino dos personas:
Llega un dia, y te aficionas...,
Pues..., de la mas inmediata.

Ella es muger de entusiasmo,
Y ese que caracteriza
Tu natural, simpatiza
Con el suyo que es un pasmo;
Fuera de ser cosa clara
Que teniendo que elegir,
Nos hemos de decidir
Por la que nos hace cara.

ISIDORO. Tu muger no...

LUCIANO. Me adelanto
A la disculpa que alegues,
Pues aunque tú me lo niegues,
Yo sé que te quiere y cuanto.
Y no me perdone Dios
En mi hora, si no es cierto
Que lo habia descubierto
Antes que vosotros dos.

ISIDORO. Todo eso es acrecentar
De mi partida la urgencia.

LUCIANO. ¿Qué gano yo con tu ausencia,
Ni á qué fin te has de alejar?
Poco tiene por su honor
Un marido que temer,
Cuando el que le ha de ofender,
De sí propio es delator.
Para que en tí se sofoque
Ese fugaz frenesí,
Bastará que por ahí
Veas otra que te choque.
Y si sois tan infelices,
Que la pasion que brotó
En vosotros, estendió
Ya tan hondas las raices,
Que á la razon se revela
Y al tiempo; que toda estremos,
Es de aquellas que no vemos
Sino escritas en novela;
Entonces, aunque vivais
Tú en Lima y ella en Madrid,
¿Quién os quitará, decid,
Que os ameis cuanto querais?
No mas la cuestion entables

De fuga; oye mis consejos:
Objetos hay que de lejos
Parecen mas agradables.
Yo sé el respeto á que obligo;
Yo sé que no faltareis
Jamás á lo que debeis
A vosotros... y á un amigo.

ISIDORO. No, jamás; si mi flaqueza
Me infundia desaliento,
Con tu confianza siento
Que renace mi entereza.
Me quedo: no partiré,
Ya que tú no lo aprobaras;
Pero solo veces raras
A tu muger hablaré;
Y en ellas, si algun instante
Nos quedamos sin testigo,
En tu nobleza conmigo
Tu honor tendrá un vigilante.
Cuando me tendiere lazos
La ingratitud seductora,
Sabré buscar, como ahora,
Seguro asilo en tus brazos;
Y aqui la debilidad
Será entre llanto propicio
La ofrenda del sacrificio
Que selle nuestra amistad.

ESCENA II.

MARIANA. UNA CRIADA. — LUCIANO. ISIDORO.

MARIANA. Tio.
LUCIANO. ¿Qué hay?
MARIANA. Para usted vino
Visita, asi que salió.
LUCAINO. ¿Quién?
MARIANA. Don Fabian el alcalde,
Y con él don Blas Querol.
LUCIANO. ¿El médico? Doy la vuelta
Al punto á mi habitacion.
MARIANA. Se fueron ya.

LUCIANO. ¿Sin dejar
Un recado?
MARIANA. No señor.
Se vendrán á los jardines,
Poco antes de la oracion,
Aqui, frente á la botica
Del convento.
LUCIANO. ¡Ah! Bien.
MARIANA. Yo voy
Con Ramona á visitar
A doña Inés Calderon;
Pero como no hay alli
Sino viejos, y yo estoy
A matar con ellos, pido
A usted autorizacion
Para abreviar la visita,
Y hacérsela de doctor.
LUCIANO. Bien. Si quieres que Isidoro
Te acompañe... (*Ap. á ella.* Di que no.)
MARIANA. No, no. (*Ap.* Segun le desairo,
Debe estar loco de amor.)
ISIDORO. Gusta poco Marianita
De que esté á su lado yo.
MARIANA. Es Isidoro sugeto
De rara penetracion.
LUCIANO. Si no me engaño, hace dias
Que aquella amistad cesó,
Que tomabais al principio
Con demasiado calor.
MARIANA. ¡No sino que una estuviera
Obligada á pensar hoy
Del modo que ayer!
ISIDORO. Las damas
Gustan de la variacion.
LUCIANO. Los hombres tambien.
MARIANA. A mí,
Lo confieso, me da horror
Ver siempre lo mismo.
LUCIANO. Entonces
La idea que me ocurrió
Hace poco, debo al punto
Ponerla en ejecucion.

MARIANA. ¿Y es?
LUCIANO. Aunque su magestad
Habitaciones nos dió
En palacio, por hacer
A Rosalía favor,
Y estamos cómodamente,
He pensado acá *inter nos*
Que ya te fastidiaria
El Escorial.
MARIANA. Se engañó
Usted.
LUCIANO. Por lo cual mañana
Tendrás la satisfaccion
De salir para Madrid
Antes que despunte el sol.
MARIANA. ¡Para vivir sola en casa!
Vaya, tio, ¡qué aprension!
ISIDORO. Yo me opuse.
MARIAAN. Hizo muy bien
Usted, y gracias le doy.—
Me aburro en viéndome sola.
LUCIANO. Es que estás en un error.
MARIANA. ¿En cuál?
LUCIANO. No es á casa adonde
Te envío.
MARIANA. ¿Adónde sino?
LUCIANO. A las Salesas.
MARIANA. No me hace
Falta mas educacion
Que la que me dió mi tio.
LUCIANO. Pero el tio decidió
Que á su sobrina conviene
La paz de aquella mansion.
MARIANA. Replicará la sobrina
A su tio y su tutor,
Que le contrista en el alma
Tan dura resolucion;
Pedirá que la revoque,
Y él, que nunca la afligió,
Renunciará á sus ideas,
Ganándose en galardon
Un abrazo de la niña,

Y si uno no basta, dos.

LUCIANO. Deberá entonces el tio
Revestirse de valor
Para poder resistir
A tan fuerte seduccion,
Porque le es forzoso hacer
Lo que primero pensó.

MARIANA. Pero cuando ella la mano
Le bese con sumision, (*Bésasela.*)
Cuando algun tierno sollozo
Ponga por intercesor,
Él compadecido entonces
Se rendirá á discrecion.

LUCIANO. Él la enjugará piadoso
Las lágrimas que vertió;
Procurará con cariños
Disiparla el mal humor;
Y con la risa en los labios,
Con la sincera efusion
Del hombre que ha obrado bien,
Dirá: "me cuesta un dolor
Inesplicable, hija mia,
Negarme á tu peticion;
Pero esta es la vez primera
Desde que se me encargó
La tutela, que me opongo
A tu voluntad: por Dios,
Cede siquiera una vez,
Una, á quien tantas cedió." —
¿Qué haria la niña oyendo
La postrera observacion?

MARIANA. Probablemente callar
Y obedecer, como yo.

ISIDORO. (*Ap.* Este empeño de alejarla
Me llena de admiracion.)

MARIANA. ¿Quiere usted venir conmigo,
Isidoro, adonde voy?

ISIDORO. Por mí, Marianita...

LUCIANO. (*Ap. á Isidoro.* Espérate.)
Recuerdo una ocupacion
Ahora, y le necesito.

MARIANA. No es dia de gracias hoy

Para mí.

LUCIANO. A Dios.

MARIANA. (*Ap. á Isidoro.* Isidoro,
Tenemos que hablar.) A Dios.
(*Vase con la criada.*)

ESCENA III.

LUCIANO. ISIDORO.

ISIDORO. ¿Con que hospedas en tu casa
A un amigo seductor,
Y echas fuera á tu pupila?
¡No es mala contradiccion!

LUCIANO. Mariana entre palaciegos,
Frailes y guardias de corps,
Iba por dias aqui
Tomando el resabio atroz
De recibir los obsequios
De todos sin distincion;
Y la maña de traer
Siempre un ciento al rededor,
Si se arraiga, no se quita
Con la nupcial bendicion.
En la quietud del colegio
Se irá ese primer hervor
De la edad amortiguando;
Y si hace comparacion
A sus solas de los hombres
Que en la corte conoció,
Quizás en su aprecio salgas
Declarado vencedor.
Entonces ya te habrán hecho
Perder toda la ilusion
Las manías de mi esposa
Y tu propio pundonor;
Entonces irá Mariana
Ganando tu estimacion
Cada vez que en el convento
Charleis un rato los dos;
Y al fin parará en noviage

Formal, el que se frustró.

ISIDORO. Pero tú...

LUCIANO. Quéjate ahora
De lo que hago en tu favor.

ISIDORO. ¿Te figuras...?

LUCIANO. Es inútil
Dar vueltas á la cuestion.
Salga verdadero ó falso
Mi pronóstico anterior;
Lleguéis á quereros bien,
Ó á cobraros aversion
Tú y Marianita; Isidoro,
Te digo en buen español
Que me conviene apartaros
Ahora, y... antes soy yo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ROSALÍA. AGAPITO. — ISIDORO.

(*Durante esta escena y la siguiente cruzan algunas personas por el jardin.*)

ROSALIA. (*Bajando la escalera.*)
Tanto misterio me pasma.
¿Solo eso saber queria
Don Fabian?

AGAPITO. Pues, que si habia
Visto yo el duende ó fantasma.

ISIDORO. Rosalía con su page.
Nada la debo ocultar.

AGAPITO. Un modo tiene de hablar
Don Fabian, que da corage.
Y está de Dios que el maldito
Se halle en todo cuanto pasa:
Con las manos en la masa
Nos vió en la botica...

ROSALIA. Chito,
Y aguarda cerca. (*Vase Agapito.*)
(*A Isidoro.*) Segun
Vi desde la galería,
Hablabas...

ISIDORO. Sí, Rosalía,

Con nuestro amigo comun.

ROSALIA. ¿Le has hecho ya convenir
En tu partida?

ISIDORO. No cede:
Tanto insiste en que me quede,
Que ya no pienso partir.

ROSALIA. ¿Ya no partes? ¡Ay! me espones
Con loca temeridad.
Isidoro, por piedad
Te pido que me abandones.
Si hemos de vivir luchando
Siempre en contínua zozobra,
Pon ese viaje por obra;
Yo lo exijo, yo lo mando;
Que si ausentes apagar
Nuestro amor no conseguimos,
El esfuerzo último hicimos
Para poderlo alcanzar.

ISIDORO. Quedarse aqui y resistir
Hazaña mas grande fuera.

ROSALIA. Amando, la verdadera,
La única hazaña, es huir.
Quien busca con fé ilusoria
La ocasion para triunfar,
Ese antes de pelear
Ha perdido la victoria.
No me inspires valentía
Que me haga mas desgraciada:
Quiero ser muger honrada,
Ya que lo soy todavía.
Recuerda que me engañé
Creyendo que fiel esposa,
Solo por estar zelosa,
De Luciano me quejé.
Aquel lenguaje feroz
No era de amor ultrajado:
Para engañar disfrazado,
Fingia el crimen la voz.
El tiempo rinde los bronces;
Y cuando de mí sin nuevas
Me olvides, lo que no apruebas
Hoy, lo aplaudirás entonces.

Vete, olvida, y ¡ojalá
Su auxilio el Señor te preste,
Y el olvidar no te cueste
Lo que á mí me costará!

ISIDORO. Pero aqui ¿no olvidaremos
Tambien, si nos empeñamos?

ROSALIA. ¿Y si conocen que amamos,
Y no el valor que tenemos?
¿Y si á Luciano el rumor
Llega, y engañado entiende
Que su consorte le vende,
Que su amigo le es traidor?

ISIDORO. Luciano de la malicia
Desprecia el lenguaje impuro,
Y ya estoy yo bien seguro
De que nos hace justicia.

ROSALIA. Quizá con ruin complacencia
Mi descrédito verá,
Pues asi disculpará
Conmigo su indiferencia.

ISIDORO. Le haces una ofensa grave
Sospechando de ese modo.
Luciano lo sabe todo.

ROSALIA. ¡Dios mio! ¿Cómo lo sabe?
¿De quién?

ISIDORO. Yo lo revelé
Por vencer su resistencia
A mi fuga.

ROSALIA. ¡Qué imprudencia!
Me perdiste.

ISIDORO. Te salvé.
No era para él un arcano
Nuestra inclinacion naciente.

ROSALIA. ¡Y calla y no te consiente
Huir á pais lejano!
A nadie debo acusar
Yo que tan débil me muestro;
Pero ese porte siniestro
Da mucho que recelar;
Y en los golpes desiguales
Con que mi pecho se esplica,
Desgracias me pronostica,

Bien que yo no entienda cuales.
Ya no puedo sin sonrojo
La vista á mi esposo alzar;
Y asi, ó me has de abandonar,
Ó á un monasterio me acojo.

ISIDORO. ¿Cómo sufro que reciba
La honra tuya ese baldon?
No resiste mi teson
A tan dura alternativa.
Podrá Luciano, podrá
Culparme de veleidoso;
Mas su pecho es generoso,
Y al cabo me escusará.
Yo de tu casa ahuyenté
La quietud con mi llegada:
Con mi pronta retirada
A dárosla volveré.

ROSALIA. Pronta debe ser, no aguardes
A mañana; por instinto
Preveo un riesgo indistinto,
Pero terrible en que tardes.
Verás en tu gabinete
Un bolsillo que he bordado;
En él hay oro sobrado
Para el viaje. Por Dios, vete.

ISIDORO. Partiré al instante.

ROSALIA. Ahora.
Sepárenos mar y tierra.
Mientras te veo, me aterra
Angustia devoradora.

ISIDORO. ¿Podré esa mano estrechar
Que otro tiempo mas risueño
Fué de amiga?

ROSALIA. Tiene dueño,
Y no te la debo dar.
El alma se fuera en pos
De tí; la estoy deteniendo
Por estarnos aqui viendo,
No solo los hombres, Dios.
Vete ya.

ISIDORO. ¿Cómo obedezco,
Si ese llanto reprimido...?

ROSALIA. Atiende á que te despido;
No mires lo que padezco.
ISIDORO. ¡Ah!
ROSALIA. Ni esto es padecer; lucho
Por no llorar; lo notaran...
Y al fin... dos que se separan,
No se habrán querido mucho.
ISIDORO. A Dios: con mas apacible
Estrella te veré un dia.
ROSALIA. Pronto, imprudencia sería;
Mas tarde será imposible.
A Dios. (*Vase Isidoro.*) Por fin ha partido,
Por fin ya puedo llorar.
Basta de disimular,
Basta.—¡Jesus! ¡mi marido!

ESCENA V.

LUCIANO.— ROSALÍA.

LUCIANO. Todavía no han llegado
Querol ni don Fabian.—¡Hola!
¿Tú aqui? Pues ¿cómo tan sola?
ROSALIA. Asi estoy bien.
LUCIANO. ¿Has llorado?
ROSALIA. Sí.
LUCIANO. ¿Gustarás de decirme
La razon?
ROSALIA. Sí.
LUCIANO. Represéntate
Mi sorpresa de que...
ROSALIA. Siéntate.
LUCIANO. Y cuánto debe aflijirme
Verte... (*Se sientan.*)
ROSALIA. Cuando de mi mano
Te hizo dueño nuestra union,
Yo, por tu reputacion,
Adoraba en tí, Luciano.
LUCIANO. Poniamos á la par
Nuestro estudio en complacernos.—
Y al cabo de seis inviernos,
¿Cómo estamos de adorar?

ROSALIA. Sabes que te conocia
Muy poco al tiempo de hacerse
Nuestra boda.

LUCIANO. A conocerse
Mejor, ¿quién se casaria?

ROSALIA. Pronto observé con dolor
Que no tenia en mi esposo
Un amigo cariñoso,
Sino un especulador,
Que despues que le condujo
La fortuna ó su destreza
Al lujo de la grandeza,
Si se casó, fué por lujo.

LUCIANO. Fuese una especulacion
Ó no mi objeto al casarme,
Ninguno podrá negarme
Que hice muy buena eleccion.

ROSALIA. ¿Cómo luego paso á paso
Cesaste de ser galan?
¿Es un sistema, es un plan
Tambien el no hacerme caso?

LUCIANO. ¡Un plan! ¿Y con cuál intento...?

ROSALIA. Tal vez quisiste irritar
Mi venganza, y provocar
Por último un rompimiento.

LUCIANO. Ya ves que te oigo tranquilo;
Con que háblame francamente.
¿Te parece conveniente
Que nos separemos? Dilo.

ROSALIA. ¡Ah!

LUCIANO. Si no hay quien se convenza
Mas pronto que yo.—Batallas
Entre tí...

ROSALIA. ¡Luciano!

LUCIANO. ¿Callas?
Accedes.

ROSALIA. No. ¡Qué vergüenza!

LUCIANO. ¿Cómo?

ROSALIA. No quiero esponerte
A hablillas del vulgo rudo,
Ni debe romper el nudo
Sagrado, sino la muerte.

¡Separarnos! ¿Qué concepto
El rey de mí formaría,
Si viera tal rebeldía
Contra su gusto y precepto?
Dios y el que está en su lugar
Nos han unido: suframos
Nuestra cadena, y veamos
Si se puede aligerar.
Yo tu abandono lamento;
Tú puedes tambien quejarte:
Pues cada cual por su parte,
Que olvide el resentimiento.
Juntos hemos de vivir;
Da pena el aborrecer;
La amistad es un placer;
Ella nos puede servir
De áncora fiel y segura
Que evite un naufragio cierto,
Y que nos ponga en el puerto
De la paz y la ventura.
La ejecucion de esta idea
Necesita soledad:
No mas corte ni ciudad;
Marchémonos á una aldea;
Y alli en la quietud del campo,
Entre sencillos placeres,
Mientras yo de mis deberes
La ley en mi pecho estampo,
Mi esposo lo que no supo
Ver antes advertirá,
Y á estimar aprenderá
La consorte que le cupo.
Yo al menos para querer,
Si veo mi amor pagado,
Mucho tengo adelantado,
Y poco esfuerzo que hacer.

LUCIANO. Yo con una condicion
Aprobaré que emigremos
A un pueblo y resucitemos
A Baucis y Filemon.
La mudanza climatérica
Que me propones, requiere

Un testigo, y si viniere
Isidoro...

ROSALIA. No, va á América.

LUCIANO. No tal, si me ha prometido...

ROSALIA. Yo despues le he aconsejado
Bien, y le he facilitado
El viaje, y ya habrá partido

LUCIANO. (*Vivamente agitado.*)
¡Partido ya!

ROSALIA. Sí.

LUCIANO. (*Despues de una pausa.*)
¡Es tan serio
El campo...!

ROSALIA. Y bien...

LUCIANO. ¡Tan groseras
Las gentes!—¿No te pudieras
Retirar á un monasterio?

ROSALIA. ¡Luciano!

LUCIANO. Mariana va
A las Salesas mañana;
Yo creo que con Mariana
Estarías bien allá.

ROSALIA. ¿Eres tú quien me propuso...?

LUCIANO. Un retiro necesario.

ROSALIA. Me agradara voluntario;
Forzoso, no; lo rehuso.

LUCIANO. Será inútil.

ROSALIA. Pues ¡qué...!

LUCIANO. Irás.

ROSALIA. No, nunca.

LUCIANO. ¿No?

ROSALIA. Aunque perezca.

LUCIANO. Sé hacer que se me obedezca,
Y asi... me complacerás.

ROSALIA. ¿Tú separarme pretendes
De tí de ese modo infame?
Tú no quieres que te ame;
Tú amas á otra y me vendes.

LUCIANO. Esa es una inculpacion
Bien dificil de probar;
Mas te puedo yo asustar
Con igual acusacion.

ROSALIA. ¡Oh!

LUCIANO. Pero es un miserable
Quien usa de armas vedadas:
Quiero sí que te persuadas
De que es mi orden inmutable.
¿Cómo he de desconocer
Que el amor propio se irrita?
Pero esto conviene.
(*Acércase á tomarla una mano.*)

ROSALIA. Quita.
No creas que he de ceder.
Incansable acechadora
Tus pasos he de seguir
Desde hoy, hasta descubrir
Mi oculta competidora.

LUCIANO. Eso muda ya de aspecto.
La energía de ese tono
Da á entender...

ROSALIA. Que no abandono
Mi plan.

LUCIANO. Ni yo mi proyecto.
Siento la desavenencia
Que nos viene á perturbar,
Porque ahora iba á implorar
De tí una condescendencia.

ROSALIA. ¿Cuál?

LUCIANO. Dias há que no tomo
Mi bebida acostumbrada
Que tú me tienes guardada.
¿Quisieras traer el pomo?

ROSALIA. Para irritar mi altivez
Me encargas ese mandado.
Muy bien: haré de criado
Tuyo, por última vez. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON FABIAN. DON BLAS. — LUCIANO.

(*Poco á poco va llenándose el jardin de Caballeros, Damas y Guardias de Corps; unos se sientan y otros pascan.*)

BLAS. Buenas tardes.

LUCIANO. Bien venido,
Doctor.
FABIAN. (*A Rosalía que va ya lejos.*)
A los pies de usted,
Señora. — Enojada va,
Segun al llegar noté.
LUCIANO. No ha sido nada. Sentémonos.
FABIAN. Sí, que estoy cansado.
(*Siéntanse los tres junto á la fuente, y don Blas pulsa á Luciano.*)
BLAS. A ver
El pulso.
FABIAN. Aunque mil negocios
Acometen de tropel
Hoy á mi interinidad,
Yo le reconciliaré
A usted con madama, en caso...
LUCIANO. Fuera una ridiculez.
No hay necesidad.
FABIAN. Mejor.
Cuando dos se quieren bien,
¿Qué valen tres, cuatro, ó quince
Quimeras en medio mes?
BLAS. La otra mano.
LUCIANO. Usted estuvo
En mi casa.
FABIAN. Y no le hallé.
LUCIANO. Me lo han dicho, y he sentido
No haberme...
BLAS. Va para seis
Dias que usted no adelanta.
LUCIANO. Será porque no tomé
La medicina.
BLAS. Pues hace
Usted mal; es menester
Seguir.
FABIAN. Como iba diciendo,
Estuve allá...
LUCIANO. ¿Para qué
Era?
FABIAN. Su magestad quiere
Que averigüe...

ELAS. Hay pesadez
Aqui, plenitud.

FABIAN. Que informe
Sobre lo que puede ser
Esa maldita fantasma,
Que una noche, la del diez,
Alborotó el Sitio todo,
Y puso en arma el cuartel.
Usted se quedó esa noche
En casa de don Andres,
Y por si acaso notó
Algo...

ESCENA VII.

MARIANA. — DICHOS.

MARIANA. Tio, ¿qué papel
Es este que desde un coche,
Que sale á todo correr,
Isidoro me ha arrojado
Sin detenerse?

LUCIANO. (*Ap. levantándose.* Se fué
Ya.) — Sepamos lo que dice.

(*Lee.*) "A Dios para siempre."

FABIAN. Amen.

LUCIANO. Esto es decir que se marcha...

FABIAN. Y que no piensa volver.

MARIANA. (*Llevándose á un lado á Luciano, y hablándole aparte.*)
Pero, tio, ¿qué ha pasado?
¿A qué se ausenta? ¿Por quién?
¿Cómo asi se desvanece
La esperanza que formé?
Si me ha tomado aversion
Por mi fingido desden,
Usted que tiene la culpa,
Debe el yerro deshacer.
Disponga usted que le sigan,
Ó yo gente buscaré
Que le detenga y le traiga.

LUCIANO. Sí, no hay tiempo que perder.

Envía á Luis.

MARIANA. Voy. (*Ap.* No quiero
Decir que ya le envié.) (*Sube la escalera.*)

FABIAN. (*Aparte á don Blas.*)
Bromas hay en esta casa.

BLAS. (*Aparte á don Fabian.*)
Malos síntomas se ven.

LUCIANO. (*Ap.* Si le alcanzan, por la chica
No ha de quererse volver.)

ESCENA VIII.

ROSALÍA. AGAPITO. — DICHOS.

ROSALIA. (*Encontrándose con Mariana en lo alto de la galería.*)
Mariana, escucha.

MARIANA. No puedo
Escuchar hasta despues. (*Vase.*)

FABIAN. Pues como iba diciendo, esa
Fantasma de Lucifer
Me tiene fuera de juicio,
¿Estamos? Ya consulté
Al Padre Pavon, al Padre
Cañaveral...

(*Agapito, á una seña de su ama, pone encima del brocal de la fuente un estuche ó cajita, y se retira luego á corta distancia. Rosalía saca de la caja un frasco pequeño con agua, una copa y un pomito que entrega á Luciano.*)

ROSALIA. Tome usted.

LUCIANO. Gracias. (*Ap. á ella.* ¿Te has determinado
A ir...?)

ROSALIA. (*Ap. á Luciano.*) No señor, no iré.)

LUCIANO. Don Blas, tomo la bebida.

BLAS. Salud.

FABIAN. Es de suponer (*Aparte á don Blas.*)
Que usted receta eso.

BLAS. Mucho.

FABIAN. Sobre esa agua pregunté
Una cosa á don Luciano,

Y no quiso responder.
Será algun secreto; pero
Ya sé yo lo que entra en él.
¿A que tiene *espejo blanco*?

BLAS. Hombre, no: ¿qué ha de tener?
Si ese es uno de los nombres
Del arsénico.

FABIAN. ¿Sí?

LUCIANO. (*A Rosalía, volviéndola el pomo.*)
Ten.

ROSALIA. No.

LUCIANO. (*Ap. á ella.* Repórtate, no demos
Que hablar.)

ROSALIA. (*Aparte.* Me consumiré.)
(*Toma el pomo y lo coloca en el brocal de la fuente.*)

LUCIANO. Prosiga usted, don Fabian.
(*A Rosalía.*) Siéntate.

ROSALIA. (*Aparte.*) ¿Eso mas? (*Se sienta.*)

FABIAN. Pardiez,
Si he de hablar, diga primero
Usted si me ha de atender.

LUCIANO. ¡Oh! Sí.

FABIAN. ¿Vió usted la fantasma?

LUCIANO. No señor, no desperté
Aquella noche, á pesar
Del ruidoso somaten
Que hubo.

FABIAN. Por mas que huroneo,
Nada, no puedo coger
El hilo de esta aventura;
Y era ganar un laurel,
Pues su magestad me ha dicho
Que tiene sumo interes
En saber la procedencia
Del duende que armó el belen.
El mismo rey, como estuvo
La reina tan mala ayer,
Y en tal caso el primerito
Que la vela siempre es él,
Toda la noche de Dios
Al balcon tuvo un ugier,
Que le avisara si el trasgo

Aparecia otra vez.
Mas no.

LUCIANO. Dame el abanico
Si gustas, me aventaré,
Que me ahogo de calor.

ROSALIA. (*Ap.* ¡Cómo se burla el crüel!)

FABIAN. Dígame usted su dictámen.

LUCIANO. Si es la aparicion un sér
Sobrenatural, entonces...

FABIAN. Yo el flaco le buscaré.
Hisopazo y tente, perro,
Hasta que diga quién es
Y qué pide y cómo y cuándo.

LUCIANO. Tambien puede suceder
Que sea un tuno que quiera
Jugar con la timidez
Supersticiosa del pueblo.
¡Ay!

ROSALIA. ¿Qué tienes?

LUCIANO. Yo no sé.

FABIAN. Si es un pícaro, y le cojo,
Y no tiene un cuarto, ¡ay de él!

BLAS. ¿Y si es un loco?

FABIAN. La pena
Le hará en su juicio volver.

LUCIANO. ¿Y si fuere... algun somnámbulo?

FABIAN. No es cosa de ese jaez.
Los que andan y hablan dormidos,
¿Cómo se han de entretener
En disfrazarse de espectro?

LUCIANO. (*Que manifiesta gran desasosiego y fatiga.*)
El señor dirá...

BLAS. Diré
Que hay quien tenga esa manía
De hacer soñando tal vez
Algo de lo que trató
De dia. Murió en Uclés
Há tiempo un amigo mio
Íntimo, á quien yo curé;
Y al tal, si no se le ataba,
Le solia acontecer...

ROSALIA. Tú te indispones, Luciano.

LUCIANO. Sí, mucho.

BLAS. El pulso. — Esta piel
Abrasa.

FABIAN. ¡Hombre!

BLAS. Usted padece...

LUCIANO. Horrible dolor... y sed
Devoradora.

ROSALIA. ¡Dios mio!

LUCIANO. Las entrañas siento arder.

FABIAN. ¿Si será que la bebida...?

ROSALIA. No, si yo la preparé.

BLAS. ¿Usted? A ver ese pomo.
(*Echa en la copa algo del liquido que contiene el pomito.*)
Voy á la botica.
(*Sube apresuradamente la escalera.*)

ROSALIA. Ven
A casa, ven.

FABIAN. (*Aparte.* ¡Qué sospecha!)

LUCIANO. Por Dios, no me abandoneis.

ESCENA IX.

MARIANA. ISIDORO. — DICHOS.

(*Varios Caballeros y Damas que han observado la indisposicion de Luciano, se acercan á él con interes.*)

MARIANA. Aqui está, aqui estamos.

LUCIANO. ¡Ah!
No veo.

ISIDORO. ¡Qué palidez!

MARIANA. ¡Querido tio!

LUCIANO. ¡Mariana!
¿Eres tú?

ROSALIA. ¡Esposo!

BLAS. (*Desde la galería á dos Religiosos que bajan corriendo la escalera, uno con un vaso, y otro con una redoma.*)
Corred.
Beba el antidoto al punto.
Ese hombre va á perecer.
Le han dado veneno.

ROSALIA. ¡Cielos!
TODOS. ¡Veneno!
FABIAN. ¡Favor al rey!
Guardias, prended á ese page.
ROSALIA. No, no.
FABIAN. Es culpable, lo sé.
De la farmacia del pueblo
Ese doméstico infiel,
Engañándome, ha sacado
Un tósigo.
ISIDORO. ¡Infame!
AGAPITO. Fué
Por orden de mi señora.
TODOS. ¡Por orden de su muger!
ISIDORO. ¡Rosalía!
ROSALIA. ¡Estoy perdida!
MARIANA. ¡Tia!
ROSALIA. Yo se lo mandé.
Quise... no puedo... (*Se desmaya.*)
TODOS. ¡Qué horror!
ISIDORO. Yo no acabo de creer...
FABIAN. En tanto que al rey aviso,
Que presa en palacio esté.

Acto tercero.

Galería alta de la Iglesia por el costado del Palacio, vista de ángulo: descúbrese por los intercolumnios parte de la bóveda de la capilla mayor, una pechina, y el arranque del cimborio.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA. DON FABIAN.

FABIAN. (*Al salir, dirigiéndose hácia adentro.*)
Vaya usted con el ugier;
No se detenga un momento,
Y vuelva despues aqui,
Porque es necesario vernos.
(*A Mariana.*)
Yo le haré á usted compañía
Mientras tanto.

MARIANA. ¿Qué hay de nuevo,
Don Fabian? Me habla usted hoy
Con un aire tan risueño,
Que á no ser descortesía
Y pecado el juramento,
Jurara que usted va á darme
Buenas noticias.

FABIAN. Es cierto.
Mi interinidad es época
De...

MARIANA. ¿De?

FABIAN. De grandes sucesos.

MARIANA. Sí, pero tristes.

FABIAN. Y alegres
Tambien.
MARIANA. Dígame usted esos.
FABIAN. En primer lugar, su tio
De usted, mi señor y dueño...
MARIANA. Sí.
FABIAN. Si quiere contentarse...
MARIANA. ¿Qué?
FABIAN. Puede dar un contento...
MARIANA. ¿A quién? ¿Sobre qué? ¿por qué?
Diga usted.
FABIAN. (*Aparte.* Por poco entrego
La carta.) ¿Por qué será?
Cosa es que la viera un ciego.
Porque se pudo morir
Del tósigo, y no se ha muerto.
MARIANA. ¿Y á qué fin su magestad
Llama hoy al tio? ¿Qué objeto
Le parece á usted que tiene
Semejante llamamiento?
FABIAN. El rey desde la tribuna
Donde há poco estaba oyendo
Misa, reparó en ustedes...
MARIANA. Ya lo vi.
FABIAN. Tiene un proyecto,
Me le ha confiado...
MARIANA. ¿Y cuál,
Cuál es?
FABIAN. Hija, es un secreto,
Y no un secreto interino,
Sino vitalicio, eterno.
MARIANA. Pero ¿y mi tia? ¿y mi pobre
Tia? ¿Cuándo la veremos?
¿Cómo está?
FABIAN. Sin novedad.
Aflijida...
MARIANA. Ya lo creo.
¿Es cosa de diversion
Lo que la está sucediendo?
¡Acusada injustamente
De ese delito tan feo!
FABIAN. ¿Injustamente? Eso es mucho

Decir.

MARIANA. Pues yo lo sostengo,
Y lo he declarado asi
Una vez, y lo haré ciento.
Y usted que la puso presa
Con tal escándalo, el médico
Don Blas, que solo debió
Callar y aplicar remedios,
Y el juez que aün no ha sabido
Hallar la verdad del hecho,
Son ustedes, todos tres,
Unos...

FABIAN. ¿Qué?

MARIANA. Unos majaderos.

FABIAN. Eso fué lo que de mí
Sus magestades dijeron.
Ni era posible otra cosa:
Como tienen tal estremo
Por su ahijadita, no habia
Forma de que diesen crédito
A los indicios; despues,
Ya se han ido convenciendo.

MARIANA. No hay tal: antes cada dia
Quieren con mayor empeño
Salvarla; por eso fué
Nombrar comisario régio
Para esta causa, y se altera
En ella el procedimiento
Ordinario: al fin, mi tia
No padece en un encierro;
Está en su cuarto, y aun viene
Aqui, donde le han dispuesto
Una tribuna, á oir misa.
Todos estos privilegios
Prueban que sus magestades
Tienen el presentimiento
De que es inocente.

FABIAN. Ó quieren
Que lo parezca á lo menos.

MARIANA. Pero ¿puede usted creer
Que ella haya dado veneno
A su marido?

FABIAN. Yo no;
Mas ¡qué diantre! el argumento
Del juez es tal, que, hija mia,
No hay con qué desvanecerlo.
Su tia de usted confiesa
Que por su mandato espreso
Se compró el tósigo. Aqui
De Dios. Señora, ¿qué objeto
Llevaba usted al hacerse
Con esa droga? — Silencio
A esta pregunta. — ¿Es usted
La que desde que anda enfermo
Su marido, le prepara
Las bebidas? — Yo. — ¿Y hay medio
De que alguna otra persona
Pueda intervenir en ello? —
Yo guardo las medicinas
En un botiquin, y llevo
Siempre conmigo la llave. —
Venga la llave. — Se ha abierto
El botiquin, se ha encontrado
En él la droga que dieron
En la botica; faltaba
Un poquito para el peso,
Y ese poco es justamente
Lo que se ha encontrado dentro
Del frasquete que bebió
Don Luciano: ellos tuvieron
Aquella tarde palabras;
Ella hacia mucho tiempo
Que no se llevaba bien
Con su esposo... — Santo y bueno
Será que uno no calumnie
Al prójimo; mas confieso
Que con tales datos yo
Sospechara del lucero
Del alba.

MARIANA. ¿Será posible?
Pero no, no, algun misterio,
Algun misterio horroroso
Hay aqui, y no le comprendo.
¿Ha confesado mi tia

Que cupo en ella el intento
De envenenar á su esposo?

FABIAN. ¡Qué candidez! Por supuesto
Que no; pero eso ¿qué prueba?
Que quiere salvar su cuello.

MARIANA. ¿No espera usted que la den
Por libre?

FABIAN. ¿Libre? Sospecho
Que nadie le ha de quitar
Un calabozo perpetuo.
Y aun asi, cuando se sepa,
Se ha de alborotar el pueblo,
Segun está furibundo
Contra ese atentado horrendo.

MARIANA. ¡Ay Jesus!

FABIAN. Pero yo estoy
Aqui para contenerlo.
¡Pese al diantre! Si se armara
Una bolina por eso,
Cuando llevase la tropa
De aqui á su confinamiento
A Rosalía, y hubiera
Pedradas y tiroteo,
Y pudiéramos coger
Unos cuantos prisioneros
Que sacar luego á caballo
A recibir los doscientos
De costumbre, entonces sí
Que quedaba en San Lorenzo
Una memoria indeleble
De mi interino gobierno.

MARIANA. ¿Y no es mejor dejar fama
De virtudes sin estruendo?
¿Fama de ser complaciente
Con las damas, por ejemplo?

FABIAN. Como eso se sabe poco...

MARIANA. Si no hay mas que ese tropiezo,
Permítame usted hoy ver
A mi tia, y yo le ofrezco
Declarar á todo el mundo...

FABIAN. ¡Que he faltado al cumplimiento
De mi deber! Usted quiere

Hacerme perder mi empleo
Quince dias antes.

MARIANA. Vamos:
¿Y si callo?

FABIAN. Ya veremos.

ESCENA II.

LUCIANO. UN UGIER. — DICHOS.

LUCIANO. Marianita, estimaria
Que me hicieras el obsequio
De dejarme hablar á solas
Con don Fabian.

MARIANA. Obedezco.

LUCIANO. Te acompañará el señor (*Por el ugier.*)
Hasta tu cuarto.

MARIANA. Voy.
(*Ap. á don Fabian.* Cuento
Con usted, y vuelvo al punto.)

FABIAN. Veré, digo: mas, no puedo.
(*Vanse Mariana y el ugier.*)

ESCENA III.

LUCIANO. DON FABIAN.

FABIAN. ¿Vió usted á sus magestades?

LUCIANO. Sí, amigo.

FABIAN. ¿Y le convencieron?

LUCIANO. A la primera palabra:
Fuera de que yo respeto
Mucho el querer de mi rey,
Soy á la piedad propenso,
Y bien á disgusto mio
Contra mi muger pleiteo.
Si no fuera porque el lance
Del semi-envenenamiento
Fué en público, y la justicia
No pudo desatenderlo,
Yo no me hubiera mostrado
Parte.

FABIAN. Me admiro y me alegro
De esa generosidad.

LUCIANO. Amigo, todos tenemos
Necesidad de indulgencia
Y de perdon, yo el primero:
El rey quiere que lo olvide
Todo: ya procuro hacerlo;
Que este lance para mí
Nada tiene de halagüeño.

FABIAN. La acusada niega; el juez
Dice que á no usar de apremios,
No adelantará la causa
Un paso mas; el rey, tierno
De corazon, no ha querido
Permitir que den tormento
A esa desgraciada jóven,
A quien mira con afecto
De padre: por otro lado,
El atropellar los fueros
De la justicia, era indigno
De un rey concienzudo y recto.
En tal conflicto, ¿qué se hace?
Lo que la reina ha propuesto.
Que se escape la acusada,
Y se la sentencie luego.

LUCIANO. Sus magestades querian
Que se entrara en un convento;
Mas yo les he persuadido
Que abandonen el proyecto;
Pues con esa condicion
No huye mi muger.

FABIAN. ¡Es genio
Indómito!

LUCIANO. Hagámonos cargo:
Sin la confesion del reo,
No se le puede imponer
La pena de muerte: vemos
Que ella niega; la sentencian
A reclusion: monasterio
Y carcel allá se van.
Ó no nos determinemos
Á perdonarla, ó sino,

Que sea el favor completo.
Váyase fuera de España;
Proporcionémosla medios
De vivir sin estrechez;
Y, si le es posible serlo,
Que sea feliz.

FABIAN. Pero, hombre,
Dejándola libre y lejos,
¿La conducta de una esposa
No le importa á usted un bledo?

LUCIANO. El lazo que nos unia
Pronto quedará disuelto.
Su magestad me promete
Interceder al efecto
Con el pontífice.

FABIAN. Asi
Ya de nada me sorprendo.

LUCIANO. Mal pudiera yo olvidar
Que he nacido caballero.

FABIAN. ¿Y cuándo ha de ser la fuga
De Rosalía?

LUCIANO. Probemos
Antes...

FABIAN. ¿A qué?

LUCIANO. A decidirla.

FABIAN. ¡Voto al cimborio! ¿Tendremos
Que pedirla por favor
Que se libre del aprieto?

LUCIANO. Como afirma que no está
Culpada...

FABIAN. Algun desacierto
Voy á hacer yo, si al hablarla
Me sale con embelecos.

LUCIANO. Por eso no debe ser
Usted quien la hable.

FABIAN. Convengo;
Pero para tal encargo,
¿De qué hombre nos fiaremos?

LUCIANO. De Isidoro: es un amigo,
Es persona de talento,
Y creo que á Rosalía
Persuada sin gran esfuerzo.

FABIAN. Cuando venga á misa, haré
Que se hablen en este puesto;
Y si accediese, á la noche
Tomará el pájaro vuelo.

LUCIANO. Corriente.

FABIAN. Oiga usted ahora
Una ocurrencia.

LUCIANO. Ya atiendo.

FABIAN. No puede usted figurarse
Qué pesadumbre que tengo
Por no poder descubrir
Si es espíritu, si es cuerpo
La fantasma aquella.

LUCIANO. Y bien...

FABIAN. Para atravesar el reino,
Es claro que Rosalía
Necesita un compañero.

LUCIANO. Un auxiliar bien pagado.

FABIAN. Pues, hombre, si dispusiéramos
Que su page favorito,
Que es muchachon, ó el mancebo
De la botica, que está
Tambien de resultas preso,
La acompañara...

LUCIANO. Es muy facil.

FABIAN. Se pondria el page un cuévano
En los hombros que le alzase
Vara y media ó mas, y envuelto
En dos sábanas ó tres
Que fueran barriendo el suelo,
Podia sacar tapada
Con aquellos faldamentos
A Rosalía, y lográbamos
De esta suerte dos objetos:
Hacer esa escapatoria
De un modo ruidoso y nuevo,
Y que el público creyera
Que los fugitivos fueron
Autores de la fantasma
Anónima.—¿No es invento
Curioso el mio? ¿Qué tal?

LUCIANO. ¿Y si un centinela, viendo

Aquella mole, dispara
Un tiro?

FABIAN. No hay que temerlo.
A gente del otro mundo
Nadie le pierde el respeto.
Se hará que esten de servicio
A esas horas dos gallegos,
Cada cual por sí capaz
De hacer frente á un regimiento
De esgüízaros; pero al ver
El alma en pena, yo apuesto
A que le rinden las armas,
Dándose golpes de pecho.

LUCIANO. Pues bien, buscaré á Isidoro
Para que venga corriendo. (*Vase.*)

FABIAN. Que no tarde.

ESCENA IV.

DON FABIAN.

Ea, por fin
Se me logran mis deseos.
Un hombre como yo, es claro
Que debe dejar impreso
En cuanto mano pusiere
De su carácter el sello.
Huyen hoy los dos, se sabe
Mañana, se hacen estremos,
Se envian requisitorias
Por un camino diverso,
Me llama el juez descuidado
Y torpe, yo hago el modesto,
Regresa el señor alcalde
Propietario al Sitio, y ceso;
Y entonces gritan á coro
Gentecilla y palaciegos:
"Por los desatinos que hizo
Don Fabian, le depusieron.
Tiene colérico al rey.
Van á ponerle en arresto.
Cuando menos se lo espere,

Le envian á Ceuta." — ¡Necios!
El rey me dirá entre tanto:
"Buen Fabian, ya sé que puedo
Servirme de tí. — Señor,
Yo sé guardar un secreto." —
Pero ¿qué demonios hago?
¡Pues no estoy hablando recio
Conmigo solo! ¿Hay tal pico?
Si me hubiera estado oyendo
Alguno, por vida mia,
Que daba un golpe maestro.
¡Comprometer á mi rey!
¿Yo? Vamos, si no me enmiendo,
Soy un badulaque, digno
De ser declarado inepto
Para poder ejercer
Otro interinazgo nuevo.

ESCENA V.

ROSALÍA, de negro y con el velo echado, acompañada de dos Alguaciles de vista. — *DON FABIAN.*

ROSALIA. Vamos de prisa; que nadie
Me vea.

FABIAN. ¿Tiene usted miedo
Tambien de mí?

ROSALIA. ¿De usted? ¡Yo
Que tantos favores debo
A mi compasivo alcaide!
Pero con todo, hoy me quejo
De usted; hoy me ha abandonado,
Y hoy precisamente siento
Un afan inesplicable
De preguntar... Yo preveo,
(Me lo dice el corazon
Sin cesar) que decidieron
Ya mi suerte; y de usted solo
Que me la revele espero.

FABIAN. ¡Yo revelar!

ROSALIA. No se enoje
Usted; por Dios se lo ruego.

FABIAN. ¡Faltar yo á la confianza
Que en mí el soberano ha puesto!
ROSALIA. No, solo quiero saber...
FABIAN. ¡Saber! Pues: ahi está el cuento.
Pues sepa usted que he hecho voto
De callar como un madero,
Porque asi me importa á mí
Y á otro, y porque presiento
Que por usted, sí, señora,
Por usted seré depuesto,
Quizá con mengua, del cargo
Que interinamente ejerzo,
Y la clase de interinos
Perderá su buen concepto.

ESCENA VI.

ISIDORO. UN ESCRIBANO. — DICHOS.

ISIDORO. Orden del juez.
(*El Escribano da un pliego á don Fabian.*)
ROSALIA. (*Aparte.*) ¡Isidoro!
Por fin á esperar empiezo.
No se ofrecerá á mi vista
Sin traerme algun consuelo.
FABIAN. ¡Albricias! puede usted ver
A quien guste.
ROSALIA. ¡Dios eterno!
FABIAN. Y sin escucha. Por tanto,
Nosotros nos correremos
A los lados, mientras hablan
Usted y este caballero.
(*Vanse don Fabian y los Alguaciles.*)

ESCENA VII.

ROSALÍA. ISIDORO.

ROSALIA. ¡Cuánto ansiaba esta visita!
¡Cuánto al Señor agradezco
Que ver ya se me permita
Un rostro en que venga escrita

La compasion que merezco!
Dime pronto si han creido
Las gentes esas maldades
Que se me han atribuido;
Qué piensan sus magestades,
Qué ha pensado mi marido.
Dime qué debo inferir
De que me vengas á ver.
Junto me lo has de decir:
No lo podré comprender;
Mas yo lo sabré sentir.

ISIDORO. Mucho pides á la par,
Y al vulgo murmurador
No es bien importancia dar.

ROSALIA. ¿Se ceba en mí con furor?

ISIDORO. Harto digo con callar.

ROSALIA. Si hay quien mi honor despedace,
¿No hay quien favor me dispense?
¿No hay quien mi defensa abrace?

ISIDORO. Uno.

ROSALIA. Dios le recompense
La justicia que me hace.
No en vano esperé, no en vano
Le consta que en mi decoro
No cabe un hecho villano.
Su nombre será Isidoro,
¿No es cierto?

ISIDORO. El nombre es Luciano.

ROSALIA. ¡Cómo! ¿Salió á defenderme
Quien mas debiera acusarme,
Y en tanto viéndome inerme,
Tú, debiendo conocerme,
Tú pudiste abandonarme?
Creí que si rehuias
Ser esta vez mi abogado,
Solo era porque temias
Luchar con las arterías
De otro mas ejercitado;
Pero jamás concebí
Que tan negra sordidez
Imaginaras de mí.
¿Qué debo esperar del juez,

Si tú me juzgas asi?
No sabes cuán hondo hirió
El puñal que ahora me clavas. —
¡Yo envenenadora! ¡yo!

ISIDORO. Yo me persuadí que amabas
Con delirio...

ROSALIA. ¡Ojalá no!
Mucho, mucho te he querido.—
¡Dios mio! Soy pecadora,
Lo soy, y perdon os pido;
Pero ¡ay! ¡envenenadora...!
Yo creo que no lo he sido.

ISIDORO. ¿Cómo?

ROSALIA. Abajo está el altar;
Casa del Señor es esta
Que hace á la culpa temblar:
Da crédito á la protesta
Que de mí vas á escuchar.—
Hubo un dia de estravío
Para mí, de aberracion,
En que al pie de mi mansion
Sentí que no hubiera un rio,
Y eché menos un balcon.
Fué un dia en que al oponer
De la traicion á la idea
La flaca voz del deber,
Quise acortar la pelea
Por no dejarme vencer,
Hice un tósigo buscar,
Y lo llegué hasta la boca,
Lo dejé y volví á tomar.
No sé mas: estaba loca,
Entonces, loca de atar.
Cuando cobré la quietud,
Encerré el polvo homicida
Donde mi solicitud
Guarda siempre la bebida
Que da á Luciano salud.
En aquel sueño fatal
De un alma sin luz ni freno,
Ignoro si maquinal
Mi mano pasó el veneno

De un cristal á otro cristal.
Todo cabe en la batalla
Que traje; mas si despliega
La razon los velos que halla,
Cuando ella vacila y calla,
El corazon habla y niega.
Juzga tú si estoy demente,
Si estragos en mí habrán hecho
Las penas que el alma siente,
Cuando hasta dudo y sospecho
Si mi conciencia me miente.

ISIDORO. Y esa duda, desgraciada,
¿No ves que es fuerza que indique...?

ROSALIA. No, por Dios, no soy culpada.
¿No hallas en mi acento nada,
Nada que me justifique?
Ahora sí que comienzo
A temblar por fama y vida.
¿Por qué vine á San Lorenzo?
De seguro estoy perdida
Cuando á tí no te convenzo.
De seguro que la suerte
En ludibrio me convierte
Y horror del pueblo español,
Y me condenan á muerte,
Ó á no ver la luz del sol.

ISIDORO. ¡Ay! sí, yo te lo confieso;
Víctima indefensa caes
De infame sentencia al peso.

ROSALIA. ¡Isidoro! ¿es todo eso
El consuelo que me traes?

ISIDORO. No, yo te vengo á salvar;
Serénate, el llanto enjuga.

ROSALIA. ¿Cómo me has de vindicar?

ISIDORO. Tiempo es preciso ganar,
Apelando...

ROSALIA. ¿A qué?

ISIDORO. A la fuga.

ROSALIA. ¿Yo huir?

ISIDORO. Que adviertas te pido...

ROSALIA. ¿Yo huir? ¿yo dar á entender
Que un crimen he cometido

De que no me han convencido,
Ni me pueden convencer?
Eso nunca.

ISIDORO. No te ciegue
La fuerza de ese reparo:
Huye hasta que se sosiegue
La borrasca, y dia llegue
Para tu opinion mas claro.
Mientras no hicieres saber
Que con lícito motivo
Te decidiste á querer
Comprar el veneno activo
Encontrado en tu poder,
Ni nombre, ni calidad,
Ni accion, nada te disculpa.

ROSALIA. Y si digo la verdad,
Entonces doy á la culpa
Mayor probabilidad.

ISIDORO. Huir, huir te conviene;
El rey, que tu fuga aprueba,
Medidas tomadas tiene,
Sin que su real nombre suene,
Para que partas.

ROSALIA. ¡Qué nueva,
Qué inagotable bondad!

ISIDORO. Hay mas: para esta evasion
Luciano á su magestad
Ha dado su aprobacion.

ROSALIA. ¿La dió sin dificultad?
(*Con amargura, en tono casi afirmativo.*)

ISIDORO. Poniendo una condicion.

ROSALIA. Pesada para él la ley
Era de nuestro consorcio;
Huyendo yo á estraña grey,
¿Qué mas desea?

ISIDORO. Que el rey
Le facilite un divorcio.

ROSALIA. ¡Un divorcio! ¡Ah! ya reuno
Con mas fuerza mis rencores.
Cese el combate importuno,
Y un pecho entre dos amores
Álcese libre del uno.

Ya es mengua titubear:
Apariencia, realidades,
Todo tiende á desatar
La union de dos voluntades
Que no se pudo formar.
Sea. ¡En hora venturosa
Nació, nació con estrella
Luciano maravillosa!
Basta que quiera una cosa
Para salirse con ella.
Se cansó de mí el crüel,
De sí alejarme anheló;
Sirvióle el destino fiel:
Goza las ventajas él;
Sufro la ignominia yo.
Mientras me llamen en tropa
Mis amigos y parientes
Mengua de mis ascendientes,
Y sea por toda Europa
Escándalo de las gentes,
Él del yugo detestado
Sacudiendo la cerviz,
De mí vivirá olvidado,
Cada vez mas estimado,
Y cada vez mas feliz.
Yo á la mano sometida
Cuya ley adoro y sigo,
Cedo, y á sufrir me obligo
La pena no merecida
Por otra culpa en castigo.
Pero ¿tanto delinquí
Dando entrada á una pasion
Cuya fuerza reprimí?
¿No me dieron ocasion?
¿Me quiso Luciano á mí?
¡Ay cielo! Si pude errar,
Bien pago mi error, bien caro.
¿Y Dios lo ha de tolerar...?
No quiero de él murmurar,
Porque no tengo otro amparo.

(*Aparece Mariana en el fondo, y se queda escuchando.*)

Huiré; que su providencia

Quizá en premio de que postro
La altivez de mi inocencia,
Y el peso bárbaro arrostro
De la vil maledicencia,
Quizá un dia protector
Se me declare, y yo alegre
Vea deshecho el error,
Y mi fama se reintegre,
Y adquiera mas esplendor.
Huiré.

ISIDORO. De carcelería
Sales hoy.

ROSALIA. A Luciano antes
Y á Mariana ver querria.

ISIDORO. Sí, los verás.

ROSALIA. ¿Y quién guia
Luego mis pasos errantes?

ESCENA VIII.

MARIANA. — ROSALÍA. ISIDORO.

MARIANA. ¡Oh! No lo pregunte usted.

ROSALIA. ¡Mariana!

MARIANA. Lo entendí todo.
Quien á usted la salvará,
Seré yo, con Isidoro.
¿No es verdad?

ISIDORO. Sí, Rosalía,
Yo te libraré, yo solo.
Yo he de acompañarte...

MARIANA. Aun cuando
Partiese á un pais remoto.

ISIDORO. Ese es mi deber, Mariana.

MARIANA. Y sino, yo se le impongo.

ROSALIA. ¿Tú?

MARIANA. Puedo mucho con él.

ROSALIA. ¿Mucho?

MARIANA. Me sirve á mi antojo.

ISIDORO. Déjeme usted arreglar
Entre ambos el tiempo y modo
Para...

MARIANA. Aunque yo me quedara,
No serviria de estorbo.
ISIDORO. No es menester.
ROSALIA. Sí, sí, quédate.
(*Ap.* No sé lo que en ambos noto.)
MARIANA. Pues, y esta ocasion podemos
Aprovecharla nosotros.
ISIDORO. ¿Para qué?
MARIANA. Hablemos delante
De mi tia sin rebozo.
ISIDORO. Otra vez, otra vez.
ROSALIA. Habla,
Mariana.
ISIDORO. Es el tiempo corto,
Y...
ROSALIA. Calle usted.
MARIANA. Dice bien.
¿Es algun pecado gordo
Lo que se va á revelar
Para hacer el vergonzoso?
En suma, el señor y yo
Nos queremos.
ROSALIA. ¿Qué es lo que oigo?
¡Tú y él! ¡Cielos! ¿Desde cuándo?
MARIANA. Hace mas de un año.
ROSALIA. ¡Cómo!
¿Desde antes que entrada en casa
Le concediera mi esposo?
MARIANA. Desde mucho antes.
ROSALIA. (*Aparte.* Cayó
La venda; ya nada ignoro.)
MARIANA. Yo por consejos agenos,
Que me salieron costosos,
Fingí no amarle...
ISIDORO. ¡Fingía!
MARIANA. Y el buen señor fué tan bobo,
Que se lo creyó de veras;
Y si me descuido un poco,
Ó se me escapa á las Indias,
Ó aqui busca su acomodo.
ROSALIA. (*Ap.* Me hablaba de ella sin duda,
Y yo creí... ¡Oh! ¡qué sonrojo!)

ISIDORO. ¡Mariana!
MARIANA. Aunque para amar
De veras á otra, era pronto.
ROSALIA. Muy pronto, sí; y yo no creo
Que lo desmienta Isidoro.
MARIANA. Mi tio que se ha encargado
Del papel de angel custodio,
No nos ha dejado nunca
Esplicarnos; y hoy que logro
Esta entrevista, de usted
El beneplácito imploro,
Pues aunque Isidoro calla,
Sospecho que dice: "otorgo."
ROSALIA. Entiendo yo su silencio
Tambien, y por él respondo.
Yo bendigo vuestra union:
Hágaos el cielo dichosos.
No quiero que se difiera
Por mí vuestro matrimonio.
Yo no necesito ya
De nadie.
ISIDORO. A tus pies me arrojo,
Y pido en favor del celo
Que en salvar tu vida pongo...
ROSALIA. Mi vida va á terminar
En un cadalso afrentoso.
ISIDORO. ¡Señora! pues ¿qué...?
ROSALIA. (*Llamando.*) ¡Justicia!
MARIANA. ¡Tia!
ROSALIA. ¡Ministros!
MARIANA. ¿Qué enojo,
Qué despecho es ese?

ESCENA IX.

DON FABIAN. ALGUACILES. — DICHOS.

FABIAN. Aqui
Estamos.
ROSALIA. Oidme todos,
Para que de mis palabras
Deis ante el juez testimonio.

Hoy el arrepentimiento
Ha penetrado en el fondo
De este corazon, guarida
De delitos horrorosos.
El veneno, aquel veneno
Que me procuró el soborno,
Para un vil asesinato
Lo destinaba mi encono,
Y con tan bárbaro intento
Yo misma lo eché en el pomo.

TODOS. ¡Oh!

ROSALIA. Llevadme donde vea
Si de mí propia me escondo.

MARIANA. ¡Jesus!

FABIAN. ¡Infeliz!

ISIDORO. ¡Dios mio!
Ya para ella no hay socorro.

Acto cuarto.

Sala adornada de tapices perteneciente al Palacio, á la cual estan inmediatas la habitacion de Rosalia por un lado y la de su marido por otro. En el fondo una puerta, y mas allá un largo corredor ó claustrillo. Es de noche: hay una luz sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

ISIDORO. MARIANA.

ISIDORO. Sosiégate, hermosa mia.
MARIANA. ¡Ay Dios!
ISIDORO. Todo está en reposo
Por aqui; vuelve á tu cuarto.
¿Vas perdiendo el miedo?
MARIANA. Un poco;
Pero hasta que no amanezca,
No entro yo en mi dormitorio.
Aqui tengo el paso libre,
Si asoma otra vez el coco,
Y echo á correr.
ISIDORO. Eso ha sido
Un sueño.
MARIANA. ¡Es mucho negocio
Que no pueda convencerte
De lo que vi con mis ojos.!
Era la fantasma.
SIDORO. ¡Qué!
No.
MARIANA. Mira, por temoso,
Merecias que viniera.

ISIDORO. Que venga.

MARIANA. No fuera flojo
El susto que te daria.

ISIDORO. Ahora que reflexiono,
Creo entender lo que tú
Miras como prodigioso.
Me parece que tendremos
Mañana un dia de gozo;
Que aun podrá su vida triste
Salvar del último oprobio
Aquella infeliz.

MARIANA. ¿Mi tia?
Me dejas llena de asombro.
¿Qué tiene que ver con ella
La vision?

ISIDORO. Yo estoy absorto
Como tú; pero á este lance,
Si tal solucion no adopto,
No encuentro ninguna.

MARIANA. ¿Cuál?

ISIDORO. Don Fabian, que es medio loco,
Discurrió, para la fuga
De Rosalía, que un mozo
Se vistiera de fantasma.

MARIANA. ¡Qué sacrilegio espantoso!

ISIDORO. Mas con esa confesion,
Quedó el plan deshecho y roto:
Los reyes se arrepintieron
De haber sido tan piadosos
Con la culpable, y la dejan
En el mayor abandono:
Fallo de muerte pronuncia
El juez, y sin fruto imploro
Por ella el perdon; el rey
Se hace á mi súplica sordo;
Y hasta me vedan que llegue
Con mas instancias al trono.

MARIANA. Yo no puedo persuadirme
Que ha de morir.

ISIDORO. Yo tampoco,
Y á cada momento aguardo
Algo de maravilloso.

En fin, si Dios no la libra,
Tal vez la salve un arrojo.
A Madrid han de llevarla;
Ni sé cuándo ni sé cómo,
Porque ella, y el juez, y el rey
Todos son para nosotros
Invisibles hoy; no obstante,
Ánimo tengo...

MARIANA. Y yo oro.

ISIDORO. Pero tal vez esten ya
Satisfechos nuestros votos.
La reina está en cama, el rey
Aflijido y melancólico,
Habrá usado de piedad
(Como en acto meritorio
Para que Dios con la reina
Deje de ser rigoroso;)
Y Luciano y don Fabian
Acuden al trampantojo
De la fantasma que viste,
Para que entre el alboroto
Que produzca, huya la presa.
Hubiera sido muy propio
Haber contado conmigo;
Pero yo se lo perdono.

MARIANA. Ya verás como los hechos
Te dejan por mentiroso.
Ninguno de ambos pudiera
Tener el capricho tonto
De darme un susto capaz
De ocasionar un trastorno.
Mi tio cierra mi cuarto
Cada noche á piedra y lodo;
Yo sentí andar con la puerta,
Y descorrer los cerrojos
Y volverlos á correr
Muy despacio; me incorporo,
Llamo, no me oyen, me visto,
Doy á la lámpara un soplo,
Abren, una luz lejana
Me deja ver un coloso
Blanco... y entra en mi aposento

Diciendo en acento ronco:
"¡Mariana, Mariana!"

ISIDORO. Vamos,
Eso...

MARIANA. No la eches de docto
Incrédulo; que de nuevo
Te digo, y no me equivoco,
Que vi la vision, y oí
Nombrarme como me nombro.
El hecho es que está mi cuarto
Abierto, que no tiene otro
Picaporte que el que guarda
Mi tio tan cuidadoso,
Que le hemos llamado, y duerme
Por lo visto, como un tronco.
Pues ¿quién será la fantasma?
No es hombre, es un duende.

ISIDORO. En golfo
Tal de confusiones, yo
El rumbo ya desconozco.
Vamos otra vez al cuarto
De Luciano; es ya forzoso
Que despierte y abra.

MARIANA. Siempre,
Con tener sueño de plomo,
Cierra su alcoba lo mismo
Que si fuera un calabozo.

ISIDORO. (*Profundamente pensativo.*)
¿Qué habrá sido?

MARIANA. Oigo rumor.

ISIDORO. Alguien viene.

MARIANA. ¡San Antonio
Me valga!

ISIDORO. Nos llevaremos
La luz. (*La toma.*) Ven.

MARIANA. ¡Ay! yo me ahogo
De miedo.

ISIDORO. Estando á mi lado,
No temas.

MARIANA. Huyamos pronto. (*Vanse.*)

ESCENA II.

ROSALÍA, escoltada por varios Soldados mandados por un Oficial. DON FABIAN con algunos Alguaciles. Un Soldado trae una luz y un Alguacil otra.

FABIAN. Pisad quedo.—¡Qué torpeza!
No sonar esos fusiles.
Vosotros, los ministriles,
Volveos desde esta pieza.
(*Vanse los Alguaciles.*)
ROSALIA. Sígalos usted; no baje.
FABIAN. Pues ¡qué! ¿no mereceré
Que usted la mano me dé
Al tomar el carrüage?
Deseo es bien natural
En momento tan amargo.
ROSALIA. ¡Ay Dios!
FABIAN. Mucho se la encargo
A usted, señor oficial.
ROSALIA. No trate usted de impedir
Que él por sus impulsos obre:
Todo es igual á una pobre
Que es conducida á morir.
(*Isidoro que á este tiempo volvia, y llegaba á la puerta con la luz en la mano, oye á Rosalía, sale precipitadamente, deja la luz en la mesa y rompe por entre los soldados.*)

ESCENA III.

ISIDORO. — DICHOS.

ISIDORO. ¡A morir!
ROSALIA. ¡Cielos! ¡qué veo!
FABIAN. Fué en vano todo el sigilo.
ROSALIA. Llevadme.
FABIAN. Llevadla en vilo
De aqui, cumplid su deseo.
Ella no ha querido hablar
A nadie de la familia.
ISIDORO. ¿Y quién no se reconcilia
Cuando se va á separar,
Y cuando va á ser eterna

La separacion?

ROSALIA. ¡Ay triste!
¿Por qué al paso me saliste?

ISIDORO. El que todo lo gobierna
Me trajo á esta habitacion
Para que al verte salir,
Pudiera á tus pies gemir
Implorando compasion.

ROSALIA. ¡Quién la pide á quién! — Paraos,
(*A los soldados.*)
Si gustais, aqui un minuto.

FABIAN. ¿No han de gustar? Solo un bruto
Se negaria. — Apartaos.
(*Los soldados se desvian.*)

ROSALIA. Mariana no podrá oirnos.

ISIDORO. No, se halla de aqui distante.

ROSALIA. Sintiera verla delante
Al tiempo de despedirnos.
Ni ella ni mi esposo puedèn
Saber lo que á tí te diga,
Si la angustia y la fatiga
Que concluya me conceden.
Mis desventuras me eximen
De miramientos, pues creo
Que todo es lícito al reo
Que muere y paga su crimen.

ISIDORO. No, por fuerza ó por ardid,
Ó consiguiendo tu indulto...

ROSALIA. Va á ser mi suplicio oculto
Asi que llegue á Madrid.
No hay que esperar.

ISIDORO. Sí: yo vuelo
Tras tí con gentes...

ROSALIA. ¡Ah! cesa.
Mi esperanza está en la huesa,
Y en la muerte mi consuelo. —
Esta infeliz, hoy odiosa
Al mundo, tuvo al nacer
Cuanto pudo apetecer
La muger mas ambiciosa:
Mas de un funesto vaiven
Nadie en la tierra se libra,

Porque al fin siempre equilibra
La suerte el mal con el bien.
Yo para mi perdicion,
Para mi oprobio y afrenta,
Recibí un alma sedienta
De goces del corazon;
Y en esa frívola corte
Que enamora por oficio,
Que tiene por moda el vicio
Y el vil interes por norte,
De cuantos amor postró
A mis pies, ninguno vi
Que me quisiera por mí,
Que sintiera como yo.
Pero no es gran maravilla,
Pues ¿quién sospechára, quién,
Que hoy, empolvada la sien,
Vistiendo bata y cotilla,
Pudiera haber ni una sola
Castellana palaciega
Que supiese amar tan ciega
Como una antigua española?
Muda el tiempo las naciones,
Varían los personages,
Y lo mismo que los trages,
Se cambian los corazones.
De esta ley se esceptüó
El mio para su daño,
Y vióse en un mundo estraño,
Y el mundo le atropelló,
Cual flor que vino á brotar
En vereda pasagéra,
Donde solo haber debiera
Pedernales que pisar.
Pensé que aquel á quien dí
De esposo el sagrado nombre,
Me amaba: vi luego un hombre
Que solo se amaba á sí.
Por él á casa viniste
Tú en quien mi cariño acopio:
No te engañes á tí propio,
Tú tampoco me quisiste.

ISIDORO. ¡Oh! sí; mi estrella maligna...

ROSALIA. No, yo te aplaudo imparcial:
Mi amor era criminal,
Y yo del tuyo era indigna.
Este, este es el verdadero
Crimen en que yo he caido,
Y este á pensar me ha inducido
Otro, y por pensarlo, muero.
Yo jamás quise atentar
A otra vida que la mia;
Por lo amarga que sería,
Fué el quererme envenenar.
Ya estaba resuelta á huir;
Supe tu callado amor;
Y me pareció mejor
Acabar ya de sufrir.
Del vulgo la necia charla
Cuanto quiera me atribuya;
Vida que no ha de ser tuya,
No he querido conservarla.

ISIDORO. ¡Oh nueva que me aniquila!—
Yo te libro, ó moriré.

ROSALIA. No, no: me desahogué
Con esto, y me hallo tranquila.
Nos vimos aqui los dos;
Venció el impulso terreno;
Mas ya parto, y me sereno
Para dirigirme á Dios.
Conmigo espero que ablande
Su justicia rigorosa;
Que si es mi culpa horrorosa,
La espiacion es bien grande.
Cuando mi alma descargada
Del peso de la existencia,
Llegue ante la Omnipotencia
Que nos hizo de la nada;
Si en las etéreas regiones
Algun recuerdo subsiste
De este miserable y triste
Valle de tribulaciones;
Si es lícito del Señor
Que fulminó en Sinaí,

Para el que se queda aqui
Gracia implorar y favor,
Yo solo le rogaré
Que me permita bajar
A ser angel tutelar
Del hombre á quien tanto amé.
¡Oh! y aun debo cuando asi
De nuevo á la tierra me uno,
Velar tambien sobre alguno
Y alguna que aborrecí. —
Ya no aborrezco, ya amansa
La tormenta pertinaz
Del pecho, y ansío la paz
Del que en la tumba descansa.
Di al que sin querer me pone
Hoy en esta situacion
Que yo le pido perdon
Para que Dios me perdone.
Di que le ruego otra cosa
Que mi afan último fué,
Y es que, muerta yo, te dé
A Mariana por esposa.
No la reveles que amamos
A un hombre mismo ella y yo,
Y hazla, pues te mereció,
Hazla feliz. A Dios. Vamos.

(*Vase, y siguenla el oficial y los soldados: Isidoro detiene á don Fabian.*)

ESCENA IV.

ISIDORO. DON FABIAN.

ISIDORO. Don Fabian, aguarde usted;
No se marche usted aún.
FABIAN. No, déjeme usted.
ISIDORO. Por Dios,
Que no vivo de inquietud,
Y ocurre una novedad
De especie nada comun.
FABIAN. ¿Cómo?
ISIDORO. La fantasma ha vuelto

A aparecerse.

FABIAN. ¡Jesus!
Pero ¿será algun difunto
Mal hallado en su atahud,
Ó es quizá que me ha robado
Mi pensamiento un gandul,
Y sale á espantar las gentes
Con faldas y con capuz?
¿Por dónde anda?

ISIDORO. Por palacio.

FABIAN. ¿Aqui? ¡Voto á Belcebú!
¡En la morada del rey!
Pues no me dé Dios salud
Si no descubriese el duende,
Y aunque sea angel de luz
Ó de tinieblas, le enseño
A no turbar la quietud
Del Sitio donde gobierna
Don Fabian Villareluz.

ISIDORO. Le han visto en nuestro aposento.

FABIAN. ¿Quién?

ISIDORO. Mariana.

FABIAN. ¡Huy, huy, huy, huy!
Lo entiendo: algun mozalvete,
Que no es de la sangre azul,
La quiere, y no puede verla,
Y se encaja á bultuntun
Donde ha de costarle el chiste
Ir á comer alcuzcuz
A Morería. Es preciso
Domar á la juventud.
¿Lo sabe ya don Lucíano?

ISIDORO. Aun no.

FABIAN. Avisárselo. Abur.
(*Yéndose.*)
Pido una patrulla, rondo,
Le vemos: ¿no se da? ¡plum!
Cuatro tiros, que le dejen
Sin que diga tus ni mus. (*Vase.*)

ESCENA V.

ISIDORO.

Un estorbo menos. — Fuera
La mas vil ingratitud
Abandonar á su suerte
A Rosalía. Segun
Dijo Mariana... Con su oro,
Si acudo con prontitud,
Podré ganar los soldados;
Y si no, aunque la segur
De la justicia provoque
Con algun delito, algun
Desacierto, yo la salvo;
Lo juro á Dios y á una cruz. (*Vase.*)

(*Queda el teatro solo algunos momentos, durante los cuales el reló del convento da las cuatro. Entonces en el fondo del claustrillo, que está oscuro, aparece un hombre envuelto en una sábana que le cubre de pies á cabeza; adelántase con paso lento y vacilante; y cuando entra en la sala, donde Isidoro ha dejado la luz que trajo, descubre el espectador las facciones de Luciano. Trae en la mano unas llaves, y cerrados los ojos; su ademan y voz son los de una persona afectada del somnambulismo.*)

ESCENA VI.

LUCIANO.

Lo que importa es cerrar.

(*Entorna la puerta del fondo haciendo con una de las llaves el movimiento para cerrar. Despues da unos pasos hácia el proscenio, alza la mano como para colgar las llaves y encerrarlas en una relojera, y las deja caer sobre una silla.*)

Nadie lo sabe.
Mi precaucion no há sido sin provecho.
Nadie me ve, cerrado bajo llave,
Si tal vez me levanto de mi lecho.
A Madrid, á Madrid; que ya estoy harto

Del Sitio donde vive Rosalía.—
¡Qué cerradura aquella de mi cuarto!
Mejor que las de aqui: no la abriria.—
Todo en el Escorial, todo me asombra.
Aun el peligro que corrí, me pasma.
¿Con que yo soy á quien el vulgo nombra
Cada vez que recuerda la fantasma?—
¿Yo entre sueños hablar? ¿Qué estoy diciendo?
No; yo soy mi mejor, mi único amigo.
Veinte años há que el disimulo aprendo,
Y nunca fuí traidor para conmigo.—
Yo primero.— ¡Mariana! ¡Oh mi tesoro!
¡Rosalía! ¡Qué fé! ¡qué virtüosa!
Es un pobre infeliz el Isidoro.
Ella y él, ¡qué pareja!—¡Qué enfadosa!

ESCENA VII.

ISIDORO.—LUCIANO.

ISIDORO. No hay tiempo que perder: llevo dinero,
Y pistolas tambien, por si es preciso.
Luciano no responde.
LUCIANO. Yo primero.
ISIDORO. ¡Luciano!
LUCIANO. Yo primero: te lo aviso.
ISIDORO. Esos ojos cerrados...
LUCIANO. (*Sonriéndose.*) Mi cautela
Con la verdad á descubierto engaña.
ISIDORO. Somnámbulo es: el corazon me hiela
Una sospecha atroz.
LUCIANO. (*Aterrado.*) ¿Quién me acompaña?
¿Quién en mi asilo entró sin mi licencia?
¿Quién eres tú que estremecer me has hecho?
ISIDORO. ¿Le hablaré?
LUCIANO. La conozco: es mi conciencia.
Huye: te he desterrado de mi pecho.—
¡Una copa! Da aqui, la haré pedazos:
No puedo ver las copas de esa hechura.
¿Qué dama es esa que me traes en brazos?
¿Cómo pudo romper la sepultura?
ISIDORO. ¿Me es lícito escuchar? ¡Oh! no me aparto

Sin ver...

LUCIANO. ¿Espejo blanco? Observaremos. —
Otra tarde los dos juntos iremos.
Sal hoy sin mí. Te aguardaré en tu cuarto. —
Salió. — ¡La llave falsa de la arquita!

(*Dirígese hácia el lado donde figuró guardar las llaves, y hace que las vuelve á tomar. Isidoro sigue sus movimientos, repara en las llaves que estan en la silla, y las coge y examina una pequeña, dejando, al hacer esto, las pistolas en una mesa. Luciano vuelve al medio de la sala, y ejecuta la pantomima de una persona que abre y registra un mueble, temiendo ser visto.*)

ISIDORO. ¡Llave falsa!

LUCIANO. ¿Me ven?

ISIDORO. ¡Es esta!

LUCIANO. Ahora.
No acierto... ¡Qué temblor! Mano cobarde,
Sírveme bien. Sin miedo, sin demora.
¿Helada estás? ¡y mi cabeza se arde!

(*La congoja de los remordimientos se apodera de él por un instante, y prorumpe en sollozos.*)

Una gota que abrasa me ha caido...
¡Yo llorar! ¿No abrí ya? ¿Qué me detengo?
Ya debe estar mi pecho encallecido
Con la pasion voraz que en él mantengo. —
¿Renunciaré...? ¿Y mi bien? No hay que hacer caso.—
Este pomo... un papel... Veamos. Corro,
Analizo... ¡Es veneno! Eso me ahorro.
Acerté. Mudo el líquido á mi vaso.

ISIDORO. ¡Oh!

LUCIANO. ¿Y he de envenenarme? Sí, me atrevo.
Se trata de la dicha. Se prepara
La ocasion... — Si de mí se separara,
Quizá... Si no consiente, pido y bebo.
Ya minoré la dosis; tendré á mano
El doctor y el antídoto... — Era cierta
La traza... — y en efecto, ya estoy sano,
Y libre voy á estar.

ISIDORO. (*Sacudiendo reciamente á Luciano de los brazos, para hacerle volver en sí.*)
Monstruo, despierta.

LUCIANO. ¿Quién llama? ¿Dónde estoy? — ¿Tú me observabas?

ISIDORO. Sí, y en tu lenguaraz somnambulismo,
Delator imprudente de tí mismo,
Tu iniquidad de revelar acabas.

LUCIANO. ¿Hablé?

ISIDORO. De todo ya tengo noticia.

LUCIANO. ¿De qué?

ISIDORO. (*Mostrándole la llave falsa del botiquin.*)
De todo. Es fuerza que repares
Ese crimen atroz, y á la justicia
Inocente á tu víctima declares.

LUCIANO. ¿Cómo?

ISIDORO. Escribe un papel, y huye de España.

LUCIANO. ¿Puedo libre salir de este recinto?

ISIDORO. Solo tu amigo, por ventura estraña,
Solo yo te escuché.

LUCIANO. (*Aparte.* Ya es muy distinto.)

ISIDORO. Y yo á mi bienhechor no seré ingrato,
Aunque bien lo merezca su alma impura.

LUCIANO. No es tiempo ya de hacer el mojigato:
Hablemos, Isidoro, con lisura.

ISIDORO. ¡Eh! nada ya de cuanto digas creo.
Yo escribiré el papel, fírmale y vete.
Ya te conozco, y con vergüenza veo
Que todos te servimos de juguete.

LUCIANO. ¿Me creerás si digo que lo aciertas?

ISIDORO. ¡Qué audacia!

LUCIANO. ¿Será audacia si te digo
Que olvidas que al abrírsete mis puertas,
Eras, tú que me insultas, un mendigo?

ISIDORO. Al mendigo en tu casa recogiste;
Mas ¿cuál de tu bondad era el misterio?
Tú cerca de tu esposa le pusiste
Para acusarla un dia de adulterio.

LUCIANO. Sobrado lejos de mi fin has ido.
Otra fué mi intencion.

ISIDORO. ¿Otra? ¿Cuál? Dila.

LUCIANO. Que siendo del tutor favorecido,
Te abstuvieras de amar á la pupila.
Rosalía despues cedió al arrullo
De la aficion; me aproveché del lance;
Pero tú solo amaste por orgullo,
Y ella dió en ser honrada á todo trance.

Prueba de que es su amor débil centella,
Bien inferior á mi pasion tirana,
Que por cualquier obstáculo atropella
Para adquirir la mano de Mariana.

ISIDORO. ¿De Mariana? ¡Gran Dios! ¿Somos rivales?

LUCIANO. ¡Ah! — Yo entendia que ignorabas esto.

ISIDORO. ¿Tú amarla?

LUCIANO. Sí, y en competencias tales
El uno tiene que ceder el puesto.

ISIDORO. No quien sabe querer.

LUCIANO. ¿Y el que en el orbe
No halla fuerza capaz de detenerle,
Muestra que sabe amar? ¿Debe temerle
Quien caminar hácia su fin le estorbe?
Sirva de ejemplo mi infeliz esposa
Para que nadie resistirme emprenda.
Dueño he de ser de mi pupila hermosa.
¡Triste del que robármela pretenda!

ISIDORO. ¡Triste del criminal!

LUCIANO. Declamaciones
A un lado; por tu bien te lo suplico.
Necesario será que reflexiones
Que no cede jamás el fuerte, el rico.

ISIDORO. El fuerte aqui soy yo: puedo perderte,
Y salvar á tu esposa es mi conato.

LUCIANO. Sin que nada en mi plan se desconcierte,
Yo la puedo librar dentro de un rato.
Yo la he dejado sin defensa alguna
Porque en la idea de morir se aferra;
Pero contigo parto mi fortuna,
Si á llevarla te obligas á Inglaterra.

ISIDORO. No, vuélvele su honor, vil asesino.

LUCIANO. Por tí lo voy á ser, hombre insensato.
(*Coge las pistolas.*)
Aqui hay armas: salgamos al camino;
Pero ten por seguro que te mato.
Si combatir prefieres con espada,
No rehuso tampoco la palestra:
Contra tu mano inhábil y turbada,
Tengo la mia imperturbable y diestra.
Y si, muriendo tú, se te figura
Que mi vida á la ley daré en tributo,

Te engañas; la opinion de que disfruto,
De toda ruin sospecha me asegura.
No en balde beneficios he sembrado;
No en balde todo el mundo me venera.
Mi proceder me tiene autorizado
Para hacer sin peligro cuanto quiera.

ISIDORO. Vamos donde tu vil hipocresía
Víctima caiga de mi noble aliento:
Pudo triunfar hasta el presente dia;
Pero hoy va á ser mayor el escarmiento.
En vano con su bárbara prudencia
Los hilos de una red el crimen ata;
Con un golpe no mas la Providencia
El pérfido artificio desbarata.
Véslo en tí: cuando nada necesitas
Para que el triunfo horrible se corone,
Tú vienes, y la máscara te quitas,
Y el labio tuyo contra tí depone.

LUCIANO. Conoce tú (y acaso te estremezcas)
Si al destino le tengo avasallado,
Cuando por mí dispone que hoy padezcas
Error tan de notar en un letrado.
Tú debiste llamar quien me escuchara:
No hay de mi confesion acusadores.
¿Quién, cuando mueras, contra mí declara?

ESCENA VIII.

DON FABIAN, abriendo de golpe la puerta del fondo, y saliendo acompañado de Palaciegos y Soldados.— DICHOS.

FABIAN. ¿Quién? Mírelos usted: estos señores.

ISIDORO. ¡Oh, cielos!

LUCIANO. Me perdí.

FABIAN. Vaya usted viendo
Si gente son que confianza inspira.
Y otro mas principal estaba oyendo,
Que haciéndose mil cruces se retira.

ISIDORO. ¿Quién?

FAB. *y* PAL. El rey.

FABIAN. Al andar por este lado,

Sentimos bulla; comprendí el asunto,
Dí aviso, vino el rey, mandó un soldado,
Y á su ahijada recibe en este punto.
Yo, como alcalde pues, aunque interino,
De la bondad de don Luciano espero
Que se ponga la capa y el sombrero,
Y me siga al lugar de su destino.

LUCIANO. No hay remedio. (*Éntrase en su habitacion.*)

FABIAN. Seguidle y desarmadle.

(*A dos soldados, que entran en la habitacion de don Luciano.*)

VOCES. (*Dentro.*)
¡Viva el rey, viva el rey!

ROSALIA. (*Dentro.*) Señor, clemencia.

ISIDORO. Es ella; ya está aqui.

ROSALIA. (*Dentro.*) No, perdonadle.

UNA VOZ. (*Dentro.*)
Muera el calumniador de la inocencia.

ESCENA ÚLTIMA.

ROSALÍA, apareciendo en la puerta del fondo. MARIANA, que sale de su cuarto poco despues. — DICHOS.

ROSALIA. ¡Ah! nada he conseguido.

ISIDORO. ¡Rosalía!

ROSALIA. ¡Isidoro! (*Óyese un pistoletazo en el cuarto de Luciano.*)

ISIDORO. ¡Dios mio!

ROSALIA. ¿Qué he escuchado?

ISIDORO. ¿Será posible?

MARIANA. (*Saliendo.*) Sí, se ha asesinado.

ISIDORO. No llores, ni piedad mereceria.

ROSALIA. Perdónale, mi Dios.

MARIANA. ¡Oh desventura!

ROSALIA. Yo mientras permanezca entre vivientes,
Yo rogaré con súplicas ardientes
Por él en la estrechez de una clausura.

ISIDORO. El siglo aun te dará dias serenos.

ROSALIA. Quiero una celda.

MARIANA. ¿Y yo?

ROSALIA. ¡Ruego importuno!
Ya nadie me ha de ver.
ISIDORO. ¡Nadie!
ROSALIA. Ninguno.
MARIANA. Pero nosotros sí.
ROSALIA. Vosotros menos.

FIN DEL DRAMA.

ERRATAS.

Pág.	*Lín.*	*Dice*	*Léase*
7	25	rejas	tejas
11	10	LUGIANO	LUCIANO
30	15	mi	mí
37	34	LUCAINO	LUCIANO
39	19	MARIAAN	MARIANA
79	26	SIDORO	ISIDORO